

Alfa Eridiani

Revista de Ciencia Ficción



ISSN: 1695-1859



Tercera época, N° 18
Enero - Marzo 2013

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo, teatro, novela o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal no debe superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditores: Graciela I. Lorenzo.

Comité de Redacción: José A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y Javier J. Arnau.

Colaboradores: Iñigo Fernández.

Traductores: Graciela I. Lorenzo.

Apoyo a la traducción: José A. Menéndez y José Joaquín Ramos.

Ilustrador de portada: Sergio De Amores.

Diseño portada: Graciela I. Lorenzo.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, sólo cede el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL 3

CUENTOS:

UN PANORAMA LIGERAMENTE RETORCIDO por Nancy Fulda (Traducción: Graciela Inés Lorenzo Tillard)..... 5

HOMBRES DE MERCURIO por Ana Morán Infiesta 18

NOVELAS:

OXÍGENO Y AROMASIA. CAPÍTULO XVIII: CUERPOS INVISIBLES por Claës Lundin (Traducción: Adriana Alarco de Zadra)..... 31

CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS. CAPÍTULO 5.3: ARBUSTOS Y MALAS HIERBAS por Javier Cosnava 40

POESÍAS:

EN EL FINAL Y OTROS POEMAS por Esteban Moscarda 58

TRES FRAGMENTOS DE SUEÑOS por Carlos Enrique Saldivar..... 61

ARTÍCULOS:

LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX (Y 4): WALDEN DOS por Pé de J. Pauner..... 64

AVATAR: UN CLÁSICO DEL CINE DE CF por Antonio Mora Vélez 68

CÓMIC:

HUMANUN EST por Carlos Morales en el guión y M.C. Carper al arte..... 70

NOTICIAS:

NOVEDADES EDITORIALES 73

NUEVOS FRAGMENTOS DE FUTURO YA A LA VENTA 73

THE JAMMERS YA A LA VENTA 74

SOLDADO DE FORTUNA: LAS AVENTURAS DE KONRAD STARK 74

ANÓMALA DE RONALD DELGADO: 75

VOLUMEN CONMEMORATIVO DEL III PIEE: 75

NOTICIAS VARIADAS: 76

SAPHIR IM STAHL PREPARA UNA ANTOLOGÍA SOBRE ALFA ERIDIANI: 76

SCI-FDI Nº 7: 76

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a nuestra cita. Esta vez hemos logrado acortar tiempos y hemos pasado a ser trimestral. Confiamos en realizar un pequeño esfuerzo más y convertir la revista en bimestral.

Seguimos con la regla del dos: publicar dos relatos, dos novelas seriadas, dos poesías... Lo que no podemos es publicar dos cómics, aunque quisiéramos, porque la revista pesaría mucho. De todas formas, lo intentaremos.

En este número tenemos el inmenso placer de publicar *Un panorama estelar ligeramente retorcido* de **Nancy Fulda**. **Nancy** nos presenta la historia de tres hermanas acostumbradas a competir desde muy niñas. ¿Será buena esa competición? Veremos. *Hombres de Mercurio* de **Ana Morán Infiesta** es un relato detectivesco al más puro estilo Holmesiano. El relato tiene la particularidad de haberse aceptado tal cual quería la escritora. La apreciación de la autora es que perdería su singularidad.

Claës Lundin fue un escritor avanzando para su época. En el presente capítulo de *Oxígeno y Aromasia*, **Claës** considera la posibilidad de conseguir la invisibilidad para los seres vivos pero es plenamente consciente de que los órganos internos de los seres vivos también deben ser tratados para que sean invisibles. Recordemos que en capítulos anteriores de esta novela, Oxígeno rapta a Aromasia con la intención de someterla a su voluntad. ¿Servirá el *diafot*, la sustancia que permite la invisibilidad, para sus fines?

En capítulos anteriores de *Crónicas de las Tierras Mestizas* de **Javier Cosnava** habíamos visto gran parte de la historia de los medio hombre, medio Loo. La historia, valga la redundancia, toma gran parte de su ambientación del antiguo Egipto, especialidad de **Javier Cosnava**. Ahora la acción se sitúa en una etapa intermedia, en la que subsiste gran parte de la ambientación pero empieza a haber elementos tecnológicos más propios de una sociedad avanzada. En el presente capítulo siguen las intrigas de la Reina Pleamar para librarse de su esposo, el Rey. Mientras, la tragedia se cierne sobre el amorío de Kamutef y Remolino.

Las poesías corren a cargo de **Esteban Moscarda** y **Carlos Enrique Saldivar**. Preciosos poemarios que nos hablan de vuelos por el hiperespacio, robots, el superhombre (idea matizable si quieren) y la naturaleza de la realidad.

Pé de J. Pauner nos introduce en el mundo de *Walden Dos*, una utopía con clara base científica. A tenor de lo que cuenta, es un libro que merece leerse. **Antonio Mora Vélez** analiza *Avatar*, una película imperdible.

El cómic, *Humanun est*, nos lo presentan **Carlos Morales** en el guión y **Mario C. Carper** al arte.



No podían faltar las novedades editoriales propias y ajenas. Entre las propias están *The Jammers* de **Magnus Dagon**, *Nuevos Fragmentos del Futuro* de **Fabián Álvarez López** y *Anómala* de **Ronald Delgado**. Las dos primera en papel y la tercera en formato electrónico. Hemos puesto mucha ilusión en ellas y esperamos que gusten al lector.

Una novedad que no es nuestra pero que nos satisface anunciar es el volumen conmemorativo del III Premio de las Editoriales Electrónicas. Tras casi tres años de parón, los organizadores se han decidido publicar este libro. La edición es muy cuidada y merece la pena estar en cualquier biblioteca que se precie. Los interesados pueden pedirlo a premiointernacionaleditoriales@yahoo.es porque no se distribuye en librerías.

Nuestro buen amigo **Alexis Brito Delgado** ha sido publicado por Ediciones Dlocean. Estamos hablando de *Soldado de Fortuna: Las Aventuras de Konrad Stark*. Una novela digna de ser leída.

Nuestra compañera de aventuras literarias, Sci-Fdi, ha sacado su número 7. Quien quiera descargarla que pinche en: <http://ucm.es/BUCM/revcul/sci-fdi/numeros/83.php>.

Saphir im Stahl prepara una antología mundial con los relatos que se reciban de las distintas partes del planeta. El fanzine posee traductores propios.

Para finalizar, congratularnos por haber sido elegidos como una de las diez mejores revistas gratuitas por el blogger Jack Moreno.

Como colofón, añadir que estamos preparando un Eridano mitológico para primeros de 2014. Los relatos deben estar relacionados con los mitos, cualquiera que sea su carácter. Se admiten también poesías y ensayos literarios. El plazo de entrega finaliza el 1 de junio de 2013. No mantendremos conversación con los autores hasta finalizado el plazo de recepción, aunque sí acusaremos recibo. Rogamos a los autores que tengan paciencia. El correo de recepción de originales es alfaeridiani@yahoo.es.

El equipo editorial les desea una feliz lectura.



CUENTOS

UN PANORAMA ESTELAR LIGERAMENTE TORCIDO

por Nancy Fulda

Traducción: Graciela Inés Lorenzo Tillard

Las aventuras en el espacio profundo son mis favoritas. Especialmente si incluyen damas intrépidas y decididas como es el caso. Prepárense para disfrutar una aventura en la que habrá sana competencia y una extraña máquina dispuesta a sorber tu alma, si te descuidas.

Las hermanas Gruff eran xenoarqueólogas, las mejores en esta ciencia. Su padre, en un ataque de cariño ornitológico, les puso el nombre de sus compañeros alados favoritos: Cuervo, Gorrión y Milano. Milano era la más joven de las tres.

Cuervo se convirtió en una sorprendente cazadora de tesoros de cabello oscuro, con cierta predilección por el cuero negro. Se enorgullecía de su genio, y navegaba entre los angostos puentes estelares en un elegante saltador de diseño propio.

Gorrión era alta y musculosa. Llevaba el pelo corto, con un tatuaje oculto debajo de la clara pelusa a lo largo de la parte posterior de la cabeza. Se enorgullecía de su valor, y no había ningún lugar –dentro del espacio de Minkowski o fuera de él– donde su esquite no se atreviera a volar.

Milano tenía el pelo marrón y rasgos corrientes. No se enorgullecía de nada, y pensaba que sus hermanas, más altas y esbeltas, habrían sido más lindas si sonrieran más.

La nave de Milano era un cacharro lleno de arañazos que gemía como una cabra cuando se deslizaba entre los sistemas solares. Lo había heredado de su padre, y aunque había desenterrado suficientes artefactos alienígenas para comprar medio planeta, se negaba a deshacerse de él. Pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos protegidos por cristales de seguridad tintados y su pelo se levantaba en una cola de caballo, deslizándose de espaldas bajo las turbinas y manteniendo en funcionamiento el viejo cachivache.

—Te das cuenta, Milano —dijo Cuervo un día mientras las hermanas salían de una conferencia sobre las técnicas Quandt de embalsamar—, que podrías acelerar tu programa de excavación si dejaras de trabajar en ese desastre volador.

Gorrión, que caminaba a la izquierda de Milano, lanzó un bufido burlón.

—Milano no necesita acelerar su programa de excavación. Sus contribuciones al museo ya superan las tuyas por cinco a tres.

Los ojos de Cuervo destellaron.

—Mira quién habla. ¿Cuándo fue la última vez que descubriste un puente Lorentziano o descifraste una gramática basada en el silicio?



Las lenguas extranjeras eran una especialidad de Cuervo, como también la detección de agujeros de gusano. Para enfatizar su opinión, Cuervo tocó el brillante medallón de painita en su cuello. Había sido un obsequio de la Real Sociedad Astronómica para honrarla por sus contribuciones a la cartografía del subespacio.

Habían llegado a la plataforma de estacionamiento de Milano. Gorrión se inclinó contra el fuselaje y clavó una mirada furiosa en Cuervo.

—Puedes mirarme con desdén cuando tengas las agallas de traer a casa un grupo de esporas espigadas de Utughaan.

—Eso no es agallas. Es locura. Y de todos modos, ¿qué sentido tiene traerlo a casa si ni siquiera vas a escribir un trabajo de investigación medio decente sobre él?

Milano suspiró y empezó el chequeo previo al vuelo de su nave, que invariablemente requería ajustes con tres tamaños diferentes de llaves inglesas.

—No estamos compitiendo, lo sabéis —dijo con calma.

—Por supuesto que sí —dijo Cuervo distraídamente—. Y tú estás ganando. Has estado ganando desde que éramos niñas.

—No es culpa mía si soy buena con las manos.

—Buena es un eufemismo. Reconozco que mereces el epíteto: eres un prodigio espe-luznante. No hay un xenarqueólogo vivo que pueda haber extraído las Esculturas Si-payyi sin dañarlas, pero tú lo hiciste.

Gorrión asintió.

—Papá habría estado orgulloso.

Milano continuó con su trabajo, sin deseo de recibir la amargura que teñía las palabras de sus hermanas. Nunca había pedido ser la favorita de papá. Nunca había querido ser ésa de la que se jactaba ante sus amigos, nunca había deseado la onerosa educación que le costó a su padre los ahorros de su vida. Sabía —aunque nunca lo habría admitido ante la prensa— que la legendaria rivalidad profesional de las hermanas Gruff provenía directamente de su desproporcionada autoestima.

Los dedos de Cuervo buscaron su medallón otra vez.

—Tú tuviste ventaja, te lo acepto. Yo pasé seis años atesorando miserablemente el suficiente dinero para la universidad, e incluso entonces no pude salir de tu sombra. A veces temía pasar el resto de mi vida allí. —Una sonrisa lenta retorció sus rasgos—. Pero ya no más.

La cabeza de Gorrión giró como la de un ave de rapiña rastreando a su presa.

—¿Qué has encontrado?

La sonrisa de Cuervo se expandió. Estiró sus dedos en falsa indiferencia.

—El puente Lorentziano que conduce al cementerio Hwatha-Iniano.

Siguió un silencio. Milano perdió el ángulo sobre el perno que estaba ajustando, y su llave inglesa cayó al piso con ruido.

Gorrión cruzó los brazos con los tendones tensos a lo largo de sus hombros.

—Pensé que habías dicho que no podía ser encontrado.



—Los Hwathanes dijeron que no podía ser encontrado. Manipularon el espacio-tiempo en toda la región para evitar la formación de agujeros de gusano atravesables. O eso afirmaban. No fue fácil aislar los rastros de radio filtrándose por la apertura.

Milano recuperó su llave inglesa y la sujetó contra su pecho.

—Los monolitos Inianos en Eridani III también dicen que hay un demonio de veinte lenguas que protege los secretos de sus muertos.

—Amenazas para asustar a los asaltantes de tumbas.

—Estás detrás del Códex Sapientia —dijo Gorrión. No era una pregunta.

El Códex Sapientia era el santo grial de la arqueología espacial. En los siglos posteriores a una guerra casi catastrófica, los tecnofóbicos Inianos y los tecnofílicos Hwathanes concretaron un acuerdo: los secretos tecnológicos de ambas especies serían grabados en la geología de un planeta estéril, codificado en variedades de isótopos de iones pesados y descifrables sólo por alguien que tuviese un completo conocimiento de depósitos minerales. Los isótopos fueron inyectados en los cuerpos de Hwathanes al borde de la muerte y llevados a sus tumbas. De este modo, los conocimientos fueron sepultados al mismo tiempo que las almas de sus muertos, permitiéndoles el acceso eterno a la sabiduría de su pueblo. La historia se conocía por los registros más prosaicos que dejaron los imperios Hwathane e Iniano. También se supo que tres espiritualistas Inianos acompañaban cada cadáver Hwathane al cementerio, donde cometían un suicidio ritual que unía sus almas con el guardián demoníaco del Códex Sapientia.

—Te das cuenta —dijo Milano—, que en los eones transcurridos desde que el Pacto Hwatha-Iniano se hiciese realidad, otras sociedades estelares han duplicado la mayor parte de la tecnología que el Códex Sapientia suponía proteger.

—No importa —dijo Cuervo con una fiera luz en sus pupilas—. El cementerio Hwatha-Iniano contiene los registros tecnológicos más viejos conocidos de cualquier civilización estelar. La mujer que descifre sus secretos entrará en la historia como la xenarqueóloga más grande de todos los tiempos. —Hizo una pausa, y añadió pensativamente—: Y se rumorea que el arte funerario Iniano era tan intenso que incluso las piedras se ven impelidas a llorar en su presencia.

—Bien —dijo Gorrión, saliendo del casco de la nave de Milano y tirando casualmente de los tirantes de sus brazos—. Trata de no pisar esqueletos.

Se alejó a grandes zancadas, exclusivamente el ruido sordo de sus botas y la presión de su mandíbula demostraban su frustración.

Cuervo se alisó sus capas de cuero negro y dirigió a Milano una sonrisa burlona y dulce.

—¿Vas a desearme buena caza, también?

Milano se encogió de hombros y volvió al chequeo previo al vuelo de su nave, alojando el viejo dolor familiar debajo de su caja torácica. Algunas niñas pasan la noche con sus hermanas, riendo tontamente sobre muchachos y planeando brillantes futuros. Milano había pasado esos años asegurándose de que nunca saltaba demasiado alto o corría demasiado rápido, para no atraer el elogio de su padre y con él, la ira de sus hermanas.

Había continuado ese hábito en la adultez, aunque no había tenido mucho éxito. Las tumbas supuestamente mediocres que había investigado en Mu Arae II eran, a decir ver-



Año XI. Número 18, tercera época. Enero 2013-Marzo 2013.

dad, las minas genéticas de las madres colmena de la Dinastía K'hotu. Los módulos Eelianos de fusión que había creído muertos, a decir verdad habían albergado reacciones latentes y se convertirían en la base de una revolución energética que se extendió a través de doce sistemas solares.

Y las Sipayyi... bien, las esculturas habían sido demasiado hermosas para dejar su excavación a manos más torpes.

Cuervo se alejó, su pierna izquierda siempre moviéndose ligeramente más desviada que la otra. Se había roto esa pierna en un salto de veinte pies cuando tenía diez años. A Milano se le encogía el estómago todavía cuando pensaba en eso. Cuervo, que odiaba los árboles, había caído de uno porque había tratado de impresionar a su padre trepando más alto que sus hermanas.

—Vamos tú, trozo de cachivache —dijo Milano a su remendada monstruosidad—. Vamos a excavar algo bonito. Y espero que inútil.

Dos días después, Milano y Gorrión estaban negociando los derechos económicos que les correspondían en una serie de excavaciones situadas en la constelación Hydrus, cuando sus enlaces *com* chirriaron simultáneamente. Milano echó un vistazo a la pantalla y vio un mensaje de Cuervo que decía:

Cambié de opinión. Hay mucho para compartir.

Le guían las coordenadas a una de las entradas de un agujero de gusano.

Gorrión leyó su propio mensaje y bufó.

—Cuervo no compartiría los derechos de una excavación ni aunque el núcleo galáctico se congelara. Se ha metido en alguna clase de problema, y necesita que nosotras la saquemos de allí.

—¿Vas a ir? —preguntó Milano.

Gorrión asintió.

—Pero puedo asegurarte que no me conformaré con la mitad. Si Cuervo quiere salvar su preciado culito, es mejor que ofrezca el 80%.

Al otro lado de la mesa, el abogado que supervisaba las negociaciones por los derechos de excavación se aclaró la garganta. Un poco más de regateo, un par de firmas, y Gorrión se fue, prácticamente acelerada en su ansiedad de pelea.

Pasaron dos días. Entonces llegó un seco mensaje de Gorrión:

Creo que es mejor que te encargues de éste.

Lo cual estaba tan cerca de un SOS como esa orgullosa y terca de Gorrión alguna vez estaría. Milano suspiró y golpeó el casco de su nave. No quería participar en la excavación de Cuervo. No quería participar en nada que tuviera que ver con sus hermanas. Sólo quería catalogar artefactos y recomponer culturas olvidadas, y compartir sus hallazgos con aburridos académicos que sabrían cómo apreciarlos.



¿Verdad?

Pasó los siguientes días verificando las bobinas de salto de su nave y reparando los precintos del sistema de soporte vital. Pasó una semana sin noticias de sus hermanas.

Milano envió un mensaje de texto, y no recibió ninguna respuesta.

Cuando pasó la segunda semana sin noticias de Cuervo o Gorrión, Milano cargó su sistema de navegación e introdujo las coordenadas del mensaje de texto de Cuervo. Las estrellas se desplegaron sobre el visor holográfico, combadas y envueltas en una compleja red de líneas que se solapaban tratando de mostrar la topología del espacio-tiempo. Milano estudió los fantasmales dibujos durante casi una hora, buscando el puente al cementerio Hwatha-Iniano. Cuando finalmente lo encontró, inclinó su silla hacia atrás y exhaló, completamente impresionada.

Los Hwathanes no sólo habían creado patrones de interferencia en el espacio-tiempo. Habían girado todo el sistema solar oblicuamente, como una cerradura de combinación con las levas en abanico, separadas entre sí. Los puntos de conexión para formar un agujero de gusano atravesable eran... inalcanzables. De acuerdo con los algoritmos del sistema de navegación, la única manera de llegar al cementerio Hwatha-Iniano era vía propulsión sublumínica; un viaje de dos a tres siglos.

Cuervo, un genio en matemática pluridimensional, había descubierto algo que los algoritmos no estaban programados para detectar. Los Hwathanes habían dejado diminutas burbujas de vacío sin modificar embebidas en la trama del espacio-tiempo. Las burbujas eran demasiado pequeñas para contener una nave, o incluso una persona, pero fijaban la zona alrededor del planeta como peldaños de piedra que atravesaban un río de aguas turbulentas. Con algunas hábiles manipulaciones, era posible desplegar un puente a través de ellos.

No le extrañaba que Gorrión y Milano no hubieran respondido a sus mensajes. La mayoría de los agujeros de gusano permanecían activos en un nivel microscópico incluso cuando ninguna nave los estaba atravesando. Un repetidor de señales cerca del extremo podía llevar los mensajes hacia el exterior. Pero este delicado ingenio –si pudiera ser atravesado en absoluto– desaparecería sin el efecto multiplicador de las bobinas de salto de una nave.

Milano hizo una pausa mientras asimilaba la trascendencia de ese hecho. Los mensajes de sus hermanas –ambos– habían sido enviados desde el interior del agujero de gusano.

Milano pasó tres horas enseñando a la computadora de a bordo lo que su hermana mayor había descubierto. Incluso entonces, estaba claro que tendría que realizar algunos de los cálculos a mano. Habían pasado dos semanas y media desde que Cuervo se había marchado despreocupadamente de la plataforma de lanzamiento de Milano. Si las naves de sus hermanas aún seguían funcionando, ya debían haber regresado a través del agujero de gusano.

Milano empezaba a preocuparse. Maldiciendo la demora, empezó la ardua tarea de compensar el espacio-tiempo distorsionado que rodeaba el planeta.

La idea del demonio de veinte lenguas alimentado por las almas de los Inianos muer-



tos no estaba lejos de la mente de Milano mientras accionaba las luces de encendido y acomodaba su improvisado saltador en posición. Los motores traquetearon debajo de la cabina, y le cosquilleó la piel de los brazos mientras las bobinas de salto alcanzaban plena carga.

Con un deslumbrante calidoscopio de luz, el puente se abrió a su alrededor. Milano entrecerró los ojos tras las gafas de protección mientras su cerebro tridimensional se esforzaba por comprender las giratorias secciones transversales de una realidad superior. Impulsó la nave hacia delante, tragando bilis mientras su estómago se deslizaba de costado. Los efímeros dedos del puente la atravesaron, repiqueteando a lo largo del casco en patrones psicodélicos. Los nítidos contornos de la cabina eran al mismo tiempo rectos y curvos, y no pudo, por un momento, haber asegurado si su cuerpo era cóncavo o convexo.

Milano se equilibró contra las pulsantes ráfagas de energía, impulsó su nave hacia la boca del agujero de gusano, y se escabulló totalmente del espacio de Minkowski.

No era como ningún puente que Milano hubiese cruzado nunca. Habría admirado el espectáculo si su gimiente nave no hubiera tratado de salirse de rumbo. La orientación del puente seguía cambiando; distorsionado primero hacia una dirección, luego hacia otra... con el inevitable resultado de que las partículas luchaban por satisfacer las ecuaciones Lorentzianas que seguían cambiando.

Milano lo compensó lo mejor que pudo, pasando tan cerca como podía de cada burbuja de normalidad. Salta, salta, salta, de un peldaño a otro, tambaleándose hacia el planeta en un balbuceo borracho. Y dado que cada rebote tiraba de la nave en direcciones que ningún sentido humano podía detectar, la trama de la realidad parecía distorsionarse más a cada segundo. Milano apretó los dientes y esperó.

Y entonces, cuando estaba a medio aliento del extremo, todo se detuvo.

La nave de Milano quedó detenida. Los contornos del puente ya no giraban, sino que permanecían congelados; translúcidas serpentinatas detenidas en la luz tenue.

La cabina había dejado de vibrar. El silencio parecía una entidad tangible, abrazando suavemente el latido regular del corazón de Milano. Ella estiró los dedos, que respondieron normalmente. Estaba a punto de verificar las lecturas del navegador cuando su enlace de comunicación chirrió.

Mensaje entrante de Gorrión: *Hasta ahora, muy bien. Buena suerte, hermana.*

—Gracias —farfulló Milano.

En cualquier otro contexto, la nota de su hermana le habría llegado al corazón. Gorrión nunca había sido tan abiertamente competitiva como Cuervo, pero tampoco había sido exactamente amistosa. Las hermanas Gruff parecían condenadas a girar unas alrededor de otras como estrellas recelosas; siempre lanzadas hacia las otras; siempre separándose raudamente.

Las lecturas del navegador eran enigmáticas, hasta que Milano se dio cuenta de que estaba atrapada en una burbuja de espacio normal suspendida dentro del sistema solar distorsionado: Una burbuja apenas grande para contener su nave, como si hubiera sido hecha específicamente para ese propósito. El mensaje entrante de Gorrión no había ne-



cesitado de un agujero de gusano ni de un repetidor de señales; había llegado a Milano directamente desde la superficie del planeta.

Milano pulsó su enlace de comunicación para enviar una indignada respuesta a la superficie cuando la cabina tembló y algo oscuro y retorcido apareció en el espacio encima de su tablero de instrumentos. Casi llenaba toda la cabina, y aunque unos buenos doce centímetros separaban el borde más cercano de su nariz, Milano se apretujó contra el respaldo de su asiento.

En sus años de excavaciones de alienígenas muertos, Milano había visto muchas cosas extrañas, pero nunca algo así. Era de color púrpura oscuro, con tubos espiralados y destellantes cosas blancas de algo que podía haber sido hueso. Por suerte, no olía.

—Usted está entrando sin autorización —dijo la cosa.

Milano mantuvo una expresión plana.

—Usted habla inglés bastante bien para ser un demonio de varios cientos de miles de años.

—El viajero astral que le precedió poseía un órgano lingüístico excelente. No fue difícil establecer una base para la sincronización psíquica.

—Viajero astral... ¿Quiere decir Cuervo?

—El viajero se identificó así.

Milano tomó eso como un sí.

La aparición flotante se expandía y contraía en un patrón rítmico que recordó a Milano que empezara a respirar. Los fragmentos de hueso parecían cambiar de forma mientras la cosa se movía, ahora más anchos, ahora más angostos, ahora más afilados, ahora más romos. Dejando al margen el color, el conglomerado púrpura de huesos y biomasa parecía un torso humano visto en sección transversal.

Y Milano decidió que eso era lo que probablemente estaba viendo: una sección transversal tridimensional de un ser de una dimensión más alta. La huella Minkoskiana de una criatura poderosa y con astucia tecnológica suficiente para crear burbujas en el espacio-tiempo a gusto. Y, si debía creer a los monolitos Inianos sobre Eridani III, este demonio antiquísimo no iba a estar favorablemente predispuesto a las visitas.

Estaba bien jodida.

De todas las cosas que prefería, pensó Milano, elegía interactuar con alienígenas *muertos*. Extrapolar los matices de una cultura antigua a partir de la descomposición de discos de datos y de algunos restos de alfarería era divertido. Negociar con un guardián de tumbas pluridimensional capaz de arrancar su saltador del centro de un agujero de gusano era un tema completamente diferente.

—¿Qué... ocurrió? —preguntó—. Al viajero astral, quiero decir.

—¿El llamado Cuervo? Le permití pasar.

—¿Por qué? ¿No fue usted creado para proteger el cementerio?

La aparición se retorció de una manera que sugería fastidio.

—Ya lo he explicado dos veces. ¿Son sus métodos de comunicación tan primitivos que la información no se ha propagado a sus órganos sensoriales todavía?



—No creo que el problema esté en nuestra tecnología —dijo Milano con sequedad—. Por favor, continúe.

—No me he alimentado en un tiempo muy largo. Los espíritus que me sustentaron una vez dejaron de venir, y he estado sin crecer por muchos nacimientos y muertes de estrellas.

Milano estaba fascinada.

—¿Es usted biológico? —preguntó—. ¿O mecánico?

—No comprendo la pregunta. Soy el demonio de veinte lenguas. Los Hwathanes me crearon para proteger este sistema estelar, y los Inianos me nutrieron con sus espíritus.

La mente de Milano volaba, catalogando detalles. El demonio de veinte lenguas no parecía distinguir entre biología y tecnología. Eso tenía sentido. Los Hwathanes habían sido cyborgs, tecnófilos a tales extremos que sus cuerpos eran a menudo más mecánicos que orgánicos. Pero ni siquiera los Hwathanes habían sabido cómo crear una forma de vida que existiera fuera del espacio de Minkowski.

¿Podían ser las veinte lenguas del nombre de este demonio una referencia a su naturaleza pluridimensional?

Los grabados monolíticos Inianos estaban llenos de lenguaje metafórico, y la lengua Iniana era tanto prensil como esencial para las ceremonias religiosas nativas. A decir verdad, la palabra Iniana traducida como alma en la mayoría de los análisis eruditos de los monolitos de Eridani era una variante de la palabra Iniana para lengua.

La idea puso en duda toda la traducción de la colección de monolitos de Eridani. ¿Qué pasaba si la obsesión de los Inianos con el espiritualismo no tenía nada que ver con la vida después de la muerte o las almas en el sentido tradicional? ¿Qué pasaba si, en cambio, los Inianos estuvieran luchando por describir la experiencia de residir parcialmente fuera del espacio tridimensional?

Milano maldijo en voz baja.

¿Qué pasaba si ella estaba mirando a la primera evidencia arqueológica de una especie pluridimensional?

—Cuervo no me enseñó esta palabra —dijo el demonio.

Milano saltó. Las habilidades psíquicas del demonio parecían ser unidireccionales. Podía proyectarse en sus pensamientos, pero no parecía capaz de leerlos —de otra manera habría reaccionado frente a más que sólo la palabrota descuidadamente murmurada.

—No se preocupe por ella —dijo—. No es una palabra importante. Entonces... usted permitió que Cuervo pasara. —Hizo una pausa, una conjetura y se arriesgó—. ¿A cambio de qué?

—Cuervo prometió suministrarme sustento.

Sustento... para un ser pluridimensional que se alimentaba de almas Inianas, ¿eso qué significaría, exactamente?

—¿Cómo proveyó este alimento?

—Cuervo no lo proveyó. Cuervo dijo que otro viajero astral vendría; más fuerte, más capaz de nutrirme.



—Gorrión.

—Sí. Gorrión. Ése era el nombre del segundo viajero.

Milano tuvo el mal presentimiento de saber a dónde estaba yendo todo aquello.

—¿Y Gorrión trajo sustento consigo?

—Gorrión no fue capaz de comprender mis necesidades. O quizás Gorrión no deseaba satisfacerlas. El órgano lingüístico de Gorrión era mucho menos comunicativo que el de Cuervo.

La aparición delante de la cara de Milano se hinchó ligeramente. Más allá de los confines de la cabina, Milano vio diminutos destellos de luz rizándose a lo largo de los contornos congelados del agujero de gusano.

—Gorrión dijo que otro vendría. Más listo, más capaz. Gorrión dijo que éste me proporcionaría el sustento.

La voz en su mente se había vuelto casi lastimera.

—No he experimentado crecimiento en muchos nacimientos y muertes de estrellas. Me estanco. Cuervo lo prometió. Gorrión lo prometió. Usted debe suministrarme sustento.

La garganta de Milano quedó repentinamente seca.

—¿Cómo se hace eso, exactamente?

—Usted debe abrir un nuevo puente entre estrellas; le mostraré dónde debe conducir. Cuervo me mostró cómo. Mientras usted viaja por el puente, la consumiré.

—¿Moriré?

La pulsante aparición estaba casi bailando.

—Usted dejará de ser y yo experimentaré crecimiento. Así es cómo los Inianos me nutrieron durante muchos miles de años.

Si el alegre demonio no hubiera estado rondando a doce centímetros de su nariz, Milano habría dejado caer la cabeza sobre el tablero de instrumentos, desesperada. Engañada por sus propias hermanas. Eso es lo que una consigue al responder a las llamadas de emergencia de personas que desde siempre sólo se han preocupado por ser mejores que una. Eso es lo que una consigue al pensar que, sólo tal vez, una podía hacer que sus hermanas la quisieran ayudándolas a salir de apuros.

—Estoy cansado de esperar, dijo el demonio. Estoy poniendo los números en su órgano de orientación. Usted debe abrir el sendero ya.

El sistema de navegación de Milano cobró vida, trazando la trayectoria de un nuevo agujero de gusano; uno que conducía a lo largo de un nuevo conjunto de peldaños, a la inmensidad del espacio.

Milano miró los números. ¿Cuánto quería a sus hermanas?

¿Las quería realmente?

Miró al demonio.

—Si hago esto, ¿permitirá que Gorrión y Cuervo salgan por el mismo puente que las trajo?



—Pueden regresar a los ríos de los sistemas solares. Pueden llevar los secretos de los Hwathanes e Inianos consigo. Se habrán convertido en mis nuevos guardianes.

—¿Y... —Milano casi temía decir la siguiente parte—... si me niego?

El agujero de gusano cobró vida fuera de la nave. Un relámpago crepitó a lo largo del casco. Milano se volvió muy consciente de que el segmento de demonio que rondaba en su cabina era una parte muy pequeña de una criatura sumamente grande.

—Cuervo y Gorrión dijeron que usted ayudaría. Si me han mentido, las destruiré.

Milano aceleró las bobinas de salto de su nave, ganando tiempo para pensar. En arqueología, las suposiciones eran el enemigo más peligroso. Civilizaciones enteras habían sido malinterpretadas por una única hipótesis defectuosa. Y los Hwatha-Inianos habían sido tan solitarios que las interpretaciones modernas de su cultura eran casi nada más que suposiciones.

Echó el ojo a la pulsante aparición. ¿Cómo explicar una rivalidad fraternal a una criatura que había vivido aislada durante cientos de miles de años? ¿Cómo suplicaba una por piedad? La cosa ni siquiera comprendía el concepto de género, ¡por el amor de Dios! Pensaba que los paneles de navegación de su nave eran un órgano biológico. ¿Cómo podía posiblemente comprender su situación una criatura que ni siquiera reconocía a Milano como una entidad distinta de su nave?

¿Qué constituye sustento para un demonio pluridimensional?

—Mi cuerpo no es como el de un Iniano —dijo Milano—. ¿Cómo puede estar seguro de que mi sustento lo ayudará a crecer?

—Su cuerpo es diferente, pero sus lenguas son iguales. Hay sólo un tipo de lengua.

—¿Mis... lenguas?

Se están extendiendo ahora mismo para desplegar el sendero.

—Usted quiere decir las bobinas de salto de mi nave.

—Bobinas. Lenguas. Palabras tontas infradimensionales. En los niveles más altos todo es lo mismo. Entre en el sendero.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Milano, desplazando su ruidosa nave hacia el segundo agujero de gusano que, resplandeciente, intersectaba ahora al primero. ¿Podía cambiar de dirección en el último segundo, y acelerar de regreso a lo largo del agujero de gusano por el que había llegado? Probablemente, pero eso dejaría a sus hermanas varadas en el cementerio, y a merced de la criatura.

—Demonio —dijo de repente—. ¿Necesita de mi órgano lingüístico como parte de su sustento?

La presencia cambió en obvia impaciencia.

—Por supuesto que no. Sólo las lenguas importan. Todo lo demás se romperá en pedazos en la llameante expansión de las lenguas.

—Entonces... ¿le molestaría si dejo mi órgano lingüístico aquí? ¿Fuera del sendero?

—Si es importante.

—¡Lo es! —dijo Milano, quitándose los cintos de seguridad y abriendo de un golpe el



armario de evacuación de emergencia. Se puso el brillante mono naranja sobre sus ropas, agradecida de haber practicado antes esta maniobra en espacios limitados—. A decir verdad, es muy importante. Y el órgano de comunicación es, hum, algo delicado así que trate de no freírlo cuando haga esa cosa de la lengua en llamas.

—No quemaré el órgano lingüístico, dijo el demonio conforme.

Milano decidió que eso serviría. Tecleó instrucciones al piloto automático, colocó el transparente casco del mono sobre su cabeza, y anuló la seguridad sobre la escotilla de la cabina. Saltó al vacío, y los autosellos del mono cobraron vida, preservando el preciado oxígeno y la presión ambiente interna. Unas luces se encendieron a lo largo de los brazos y las piernas, y un faro de SOS lanzó un pulso lo bastante potente para ser detectado en la superficie del planeta.

Girando en el vacío, Milano estiró el cuello para ver la proa de su nave alineándose con el agujero de gusano. Las bobinas de salto se encendieron, el mundo cambió en dos direcciones a la vez, y por varios segundos Milano no estuvo segura si las desgarradoras ondas de luz estaban viniendo desde el interior de su cráneo o desde afuera de él.

Entonces el agujero de gusano desapareció, y Milano se quedó sola con su mono naranja, girando suavemente entre las estrellas.

Para decir verdad, Milano no había estado completamente segura de que sus hermanas la recuperarían. Sin embargo se alegró de que así fuera, y cuando las tres estaban a salvo en las cubiertas y áridas laderas del cementerio Hwatha-Iniano, hubo incluso un momento que podía, sin forzar demasiado la expresión, haber sido descrito como «de unión».

—Bien —dijo Cuervo, alisando el cuero negro de su sobretodo—. Finalmente te libraste del viejo trozo de cachivaches de papá.

—Nunca pensé que diría esto —añadió Gorrión, mirando hacia el cielo vacío—, pero voy a extrañarlo.

—Yo no —dijo Milano con suavidad—. Cuervo tenía razón. Debería haberme librado de él hace mucho tiempo.

Gorrión dio un puñetazo a Cuervo con fuerza suficiente para hacerle lanzar un aullido.

—Buen movimiento, señorita Medallón. Ahora nos va a costar tres veces más seguirle el ritmo a nuestra hermana menor..

Los ojos de Milano siguieron el sendero invisible donde el viejo cacharro de papá había desaparecido. Ella se había estado escondiendo detrás de ese cacharro durante quince años, jugueteando con las turbinas en lugar de construir su carrera; tratando de mantenerse fuera del radar de sus hermanas.

Pero ese juego se había terminado. Milano Gruff era una xenoarqueóloga, la mejor a este lado del núcleo galáctico. Cuervo y Gorrión iban a tener que aprender a vivir con eso.



Montaron el campamento y señalaron un sitio de excavación provisional. Dado que la nave de Milano se había perdido, Cuervo le ofreció un saco de dormir. Milano lo tomó sin una palabra, lo tiró en una zona libre de suciedad, y empezó a atizar la fogata. El crujido de las botas de Cuervo resonó detrás de ella.

—No me has hablado en toda la noche —dijo Cuervo.

Milano tiró otro palo en el fuego.

La sonrisa despreocupada de Cuervo habría parecido genuina a cualquiera que no la conociera bien.

—Vamos, Milano. No vas a sentir rencor contra mí para siempre, ¿o sí?

—Trataste de que yo alimentara a un monstruo pluridimensional.

—Pensé que te librarías de él.

—¿No sientes ni siquiera la más leve vergüenza?

La máscara de Cuervo desapareció.

—Bueno. Tal vez un poquito. —Vaciló—. ¿Cómo convenciste a ese demonio para que te dejase ir, de todos modos?

—Eliminé una suposición defectuosa —dijo Milano encogiéndose de hombros—. Pensaba que quería mi alma, pero todo lo que realmente necesitaba eran las bobinas de salto de mi nave.

—Realmente tienes la más ridícula buena suerte. —Los ojos de Cuervo estaban nublados—. No me extraña que papá te amara.

Volvían a eso otra vez.

Milano removió las brasas con un palo. El rescoldo echó chispas y desapareció como estrellas diminutas.

—Ya no somos niñas pequeñas. ¿Realmente importa a quien amaba o no papá?

—Sí. —Gorrión se dejó caer en cuclillas junto al fuego—. Importa. Nunca digas que no. —La cruel amargura en su voz podía haber derretido concreto.

—Sí. Bien —Cuervo se puso de pie y se quitó el polvo de sus pantalones—. A pesar de lo que ustedes, escépticas, puedan haber pensado, realmente hay suficientemente trabajo aquí para compartirlo. El Códex Sapientia entero está esperando ser descifrado.

La mirada Gorrión se agudizó.

—¿Un reparto equitativo entre las tres?

—No —dijo Milano bruscamente—. Sin repartos.

Se quedó mirando las caras asombradas de sus hermanas, buscando las palabras para explicar un concepto en el que había estado profundizando durante veinte años. Las hermanas Gruff habían estado enfrentando sus destrezas unas contra otras desde que eran niñas, y eso había hecho de ellas mucho menos que lo que podían haber sido. Era el tiempo de dejar de cortar la arqueología en trozos más y más pequeños.

—¿No lo veis? —dijo Milano—. Es la belleza que tiene que las hermanas compartan algo. Pertenece a todas nosotras. Todas tenemos el 100%.



Silencio. Luego, tenues luces de comprensión en los ojos oscuros de Cuervo y en los pálidos de Gorrión. Una por una, asintieron.

Las hermanas cenaron juntas debajo de las estrellas que amanecían. Luego se metieron en sus sacos y durmieron. El amanecer las encontró buscando isótopos en la excavación: la brillante Cuervo, la atrevida Gorrión, y Milano, que ya no deseaba ser corriente.

© Nancy Fulda.

© de la traducción: Graciela I. Lorenzo.

NANCY FULDA ha sido nominada a los premios Hugo y Nebula. Es ganadora del premio Phobos y el Vera Hinckley Mayhew Award recipient. Es la primera mujer (y hasta ahora la única) en recibir el Premio Jim Baen Memorial. Su historia corta *Movement* recibió recientemente el premio Elegido por los Lectores de la Asimov's Science Fiction Magazine.



HOMBRES DE MERCURIO

por Ana Morán Infiesta

Hombres de Mercurio es una historia donde uno de los personajes más famosos de la literatura aparece insinuado a través de la inicial de su nombre, emblemático detective que trasciende su origen y llega a las estrellas, sin apartarse demasiado del siglo XIX que lo vio nacer. Sigán adelante Queridos Lectores y disfruten de este mix de ingredientes que sólo la Ciencia Ficción puede brindarnos.

Nunca pensé yo, cuando acepté unirme al cuerpo de Vigilantes de Victoria, que mi primera misión sería encargarme de la investigación del asesinato de una prostituta en Whitechapel. Pero la vida rara vez es como la planeamos, por mucho que nos empeñemos infantilmente en planificarla hasta el último detalle. Al menos, eso dice siempre H cuando me quejo de mi destino.

Pero me doy cuenta de que ya estoy empezando a divagar y de que esto no va de mi vida, sino de mi primer caso como Vigilante; mejor dicho, el primer caso en el que intervine como ayudante y niñera de H. Si les resulta extraño que designe a mi colega solo con la inicial, les diré que, hasta hoy, no lo he conocido por otro apelativo. En realidad poco sé o sabía de él, salvo que fue uno de los niños que la Armada Imperial de Victoria rescató años atrás de las manos del siniestro doctor Baker. Era el malhadado científico un investigador que, a partir de ciertas referencias contenidas en libros que escaparon de la Gran Quema –en la que los colonos destruyeron buena parte de la cultura de la Madre Tierra–, quería crear su propia raza de hombres y mujeres ideales. Cada uno de sus cobayas estaba destinado a ocupar un rol concreto en aquella sociedad.

En el caso de H, el investigador perseguía la creación de la mente analítica perfecta y, a grandes rasgos, lo logró; H era casi el detective perfecto. Casi. Cuando pasaba un tiempo inactivo, su cerebro experimentaba una involución que lo volvía tan inocente como un niño de pecho. Por eso ejercía de vigilante en un sector tan movido y peculiar como el nuestro; siempre había un misterio que reclamase su atención o alguna conjura de rancio aroma a la Madre Tierra. Si no, allí estaban las drogas o las *holorreproducciones* del pretérito mundo victoriano para entretener las esperas. Una de mis misiones era, precisamente, saber cuándo darle una dosis de un remedio u otro. Pero su verdadero alimento era el misterio y ningún enigma resultaba menor para él. Por eso afrontó el caso de la muerte de *Scar Liz*, con la misma seriedad con la que habría afrontado la investigación del robo de las joyas del gobernador sectorial.

Esa noche, en cuanto fuimos informados de que debíamos ayudar a esclarecer un crimen sucedido en Whitechapel, nos enfundamos nuestros trajes de hombre victoriano y cogimos el ascensor espacial. Éste nos llevó desde nuestro hogar satélite hasta la estación interestelar Harker; desde allí, un transporte teleguiado nos depositó en la entrada de Whitechapel, que era también la puerta de acceso al verdadero Mundo Victoria, el que seguía empeñado en reproducir la estética y la mayor parte de las costumbres de su predecesor en la Tierra, aunque sus habitantes fueran conscientes de la existencia de infinidad de planetas habitados allende las estrellas. El portal era un hervidero de seres de todas las especies, entrando y saliendo de la zona restringida; alquilando ropajes victorianos en consigna o retornándolos después de haber calmado sus instintos.



Fuimos recibidos por un funcionario del cuerpo de investigadores. Era un tipo de aspecto insignificante a quien, de no haber sido por el uniforme, mi olfato me habría hecho catalogar de perista. No se demoró demasiado en saludos ni presentaciones.

—Será mejor que lo hablemos todo en la casa. Usted —dijo, mirando en mi dirección—. Supongo que H se lo habrá dicho ya, pero ni se le ocurra desviar la vista de la espalda del compañero que tiene delante, si no quiere correr el riesgo de encontrarse con un agujero en el vientre.

El investigador Lester se equivocaba, mi socio se había olvidado de darme tan peculiar orden. Pero aquel detalle era insignificante, comparado con el hecho de que no se hubiese tomado la molestia de informarnos de los pormenores del caso. Iba a quejarme por la falta de profesionalidad del agente, cuando mi mirada se cruzó con el gesto severo de mi flaco compañero. Por si no había entendido el mensaje de sus ojos acerados, H movió discretamente la cabeza de un lado a otro. No era momento de hacer preguntas. Por respeto a su experiencia y a su rango, ya que en cierto modo era mi superior, me guardé mis impresiones para mí.

Debo decir que el trayecto por las calles de Whitechapel confirmó la bondad de la segunda de las órdenes, pues en las decenas de recodos que formaban las calles, así como en los muchos callejones sin salida que salpicaban la geografía de la villa, se oían gritos de dolor y placer; por el rabillo del ojo se entreveían cuerpos que no siempre recordaban a los de nuestra especie y que aún resultaban más grotescos enfundados en ropajes de imitación victoriana, por adaptados que estuvieran a la fisonomía alienígena. No obstante lo variado de la clientela, todas las prostitutas (los hombres trabajaban en Ciudad Wilde) que nos cruzamos eran humanas, pues hay algo extrañamente seductor para los machos en poseer a las hembras de otra especie. Bien lo vi yo en muchos de mis compañeros cuando servía en los Ejércitos Imperiales. Solo que, al menos en esos casos, desfogaban su lujuria en privado y no en las calles de una ciudad oscura y decadente.

Por fin, llegamos a un pequeño edificio de apartamentos. A la entrada nos esperaba una vieja *madame*, flanqueada por un par de matones a los que no tuve problemas en identificar como los justicias de la ciudad. La mujer nos escrutó a mí y a mis compañeros y, siempre sin decir nada, hizo un altivo gesto de aprobación a nuestro guía.

Solo a partir de ese momento, el investigador Lester nos informó qué era exactamente lo que había pasado. Al parecer, la prostituta conocida como *Scar Liz*, una ramera de callejón, había ligado con lo que las chicas llamaban un «raro forrao», un tipo no lo bastante peculiar como para que desconfiasen de él y lo bastante adinerado y desesperado para pagar el suplemento que Miss Polly, la *madame* y casera, imponía si una de las chicas se llevaba el trabajo a casa. Después de eso, nadie oyó nada. Y tal detalle parecía sorprender al investigador Lester, que, por otro lado, solo nos dijo que comprenderíamos su extrañeza cuando viésemos el cuerpo. Tampoco nadie vio al tipo salir de la habitación. No era extraño. Tocaba cambio de turno: unas ramera tomaban su puesto en los callejones y otras se iban a las tabernas, a fundir sus ganancias creyendo divertirse.

Solo rompió la tranquilidad el grito que lanzó la compañera de apartamento de la difunta cuando descubrió el cadáver. Aquel último detalle fue escuchado por mi colega con el mismo pragmatismo que el resto de la información. No obstante, a mí enseguida me pareció sospechosa la conducta de la compañera de piso, más si teníamos en cuenta que Lester había dejado claro que la mujer había terminado ya su jornada.

—¿Cómo es que no estaba con el resto de sus compañeras, en las tabernas? —



pregunté, sin pararme a valorar cómo podía tomar aquella impertinencia mi compañero que, como ya he insinuado, era una suerte de superior mientras yo estuviese en periodo de prueba.

H desvió la mirada hacia mi persona, pero esta vez no vi reproche alguno en su gesto.

—Se nota que es nuevo por aquí, señor Bancroft, de lo contrario ya sabría que Kelly Jane no es como las demás mujeres de Whitechapel —me contestó Lester en tono petulante.

Y con esa respuesta, se terminó nuestra charla introductoria, para solo preocuparnos por subir los interminables escalones combados sin resollar en exceso. Aunque, cuando por fin llegamos a nuestro destino, mi corazón empezaba a palpar a más velocidad de lo habitual.

O tal vez adquirió ese ritmo al verla a ella. Creo que solo experimenté una sensación similar a la que me invadió la primera vez que vi aquella luz en medio de una ciudad de tinieblas que era Kelly Jane; fue cuando, tras convertirme en el único superviviente de mi escuadrón en una batalla que tuvo como escenario el infierno helado de Gelto, me desperté gracias a la cálida caricia de la cabina de reanimación de una de las naves hospital del Ejército Imperial de Victoria. Kelly Jane aún conservaba los dones de la inocente juventud, aquéllos a los que el vicio y la tristeza marchitan sin reparo, y su vestido era una explosión de colores, más llamativo, a la par más decoroso, que cualquiera de las vestimentas que lucían compañeras suyas con las que nos habíamos cruzado durante nuestro trayecto.

Tiempo después, la propia Kelly Jane me sorprendería al informarme de que había superado la treintena, pero ese día no le calculé demasiados años por encima de los veinte y también un corazón lo bastante inocente como para ser capaz de conmoverse.

Y algo en ella debió tocar también la minúscula fibra sensible de mi socio.

—Investigador Lester, nos dijo que la víctima había muerto en su cuarto, ¿no? —le oí preguntar.

El aludido hizo un leve gesto de asentimiento.

—En ese caso, tal vez sería más gentil por nuestra parte ofrecer a la señorita Jane la posibilidad de acomodarse en el saloncito de su vivienda.

No se me escapó el gesto de sorpresa de nuestro guía, aunque supongo que yo exhibiría uno análogo. El fuerte de H no era la empatía y no terminaba de comprender que, por tentadora que resultase para aquella joven la posibilidad de sentarse, la mera visión del cuarto donde había muerto su compañera de piso tendría que resultar angustiosa para ella. Aun así, ninguno de los dos lo detuvimos cuando apartó a los investigadores que rodeaban a la mujer y le tomó las manos.

—Señorita Jane, me atrevería a inferir que estaría más cómoda en el salón de su vivienda, pese a las turbadoras vistas que ésta pueda tener.

La joven lo miró durante un segundo con desconcierto, la primera vez que se oye hablar a H suele ocurrir tal cosa. De hecho, pese al tiempo que llevo siendo niñera suya, aún experimento esa sensación en según qué momentos. Luego sus labios se curvaron en una encantadora sonrisa dolida.



—Utiliza bien usted ese cerebro suyo, amigo. Ni todos los pasillos del puto Whitechapel podrían alejar la visión del cuerpo de la pobre Liz, y sí que necesito una buena ducha y quitarme estos malditos tacones.

Dicho aquello, los seguimos al apartamento. Entramos directamente al salón, desde el que se accedía a los dormitorios de las dos mujeres y al baño de la vivienda; una cortina, situada en una de las esquinas del cuarto, ocultaba la diminuta cocina. Después de dirigir una mirada nerviosa a una de las puertas, tras la que no me fue difícil deducir que se ocultaba el cuerpo de la difunta, pese a que no hubiese precinto alguno del equipo de investigación, la muchacha se dirigió a su propia habitación, dejándonos el camino despejado para investigar el lugar de los hechos.

Como el salón no ofrecía, a priori, nada interesante, comenzamos nuestras pesquisas en el escenario del crimen propiamente dicho. Debo confesar que lo que allí vi, cerca estuvo de hacerme gritar a mí también. Fui soldado, asistí a la muerte de toda mi unidad y viví el horror de quedar bañado en las entrañas de mi mejor amigo y, oyendo los comentarios del investigador, me había preparado para ver un baño de sangre y vísceras. Pero en aquel crimen no había sangre. Ojalá la hubiera habido. La víctima estaba tumbada bocabajo en la cama y, para más ignominia, sus brazos estaban estirados y sujetos por unas recias esposas al cabecero. Allí donde tendrían que haberse unido sus nalgas se abría un grotesco boquete y su boca era una tenebrosa cueva. Si alguien hubiese tenido el mal gusto de iluminar una de las entradas con una linterna, la luz habría salido por el otro lado. Cuando nos acercamos, pudimos ver la razón de la ausencia de sangre: el cuerpo y las entrañas de aquella pobre mujer estaban fundidos. Su rostro, que ya antes no había sido bello, deformado como estaba por la cicatriz que debía haberle valido su sobrenombre, se crispaba en una mueca de sufrimiento.

Vi la mano de mi amigo, recogiendo con una cucharilla de muestras, parte de la densa sustancia azulada que se depositaba bajo la boca de la mujer, y también en la zona de sus nalgas; las colocó en frascos separados. Hasta ese momento no fui consciente del resto de la habitación que nos rodeaba.

Era un cuarto dolorosamente impersonal pero limpio, por lo que hasta a mí me resultó sospechoso el barro que había por el suelo del cuarto y que se concentraba debajo de la única silla. H no tomó muestras del mismo, pero sí se acercó a la silla y lo tomó entre sus dedos; tras jugar con él, lo olió y volvió a depositarlo en el suelo. Después se restregó el ojo derecho con un gesto peculiar y procedió a analizar el resto del cuarto. No precisaba usar escáner alguno para realizar tal tarea, pues su propio ojo, al menos una vez «activado», ejercía tal misión. Como su inteligencia analítica, ésa era una de las mejoras que Baker había introducido en su momento en su cuerpo infantil.

No localizó nada de interés en el suelo, pero sí en una de las mesitas, donde se depositaba una sustancia verdosa de tacto ceniciento.

—Creo que ya he visto todo lo que necesitaba para resolver este misterio o, al menos, una parte importante del mismo —afirmó, para desconcierto de Lester y también mío—. Amigo Bancroft, usted fue militar y ha visto mundos con los que yo no osaría ni soñar. ¿Qué puede decirme de esto? —me preguntó, mostrándome los tubos con las muestras de la sustancia azulada.

Cuando la había metido en los tubos era fluido espeso, ahora se había disgregado, formando pequeñas bolitas irisadas.

—¡La madre que...! ¡Se supone que los mercurianos tienen prohibido fornicar con



mujeres humanas! —exclamé, mientras recordaba aquellos informes en los que se mostraban mujeres, y algún hombre, que habían cometido el error de copular con «hombres de mercurio». No eran éstos los minúsculos habitantes del planeta del Sistema Solar terrícola, sino los nómadas metamórficos. Las heridas que mostraban aquellas gentes, si bien no tan espectaculares, se parecían bastante a las sufridas por la víctima.

H se limitó a mirarme con gesto inescrutable.

—Señor —nos interrumpió el investigador—, ¿debemos buscar entonces a un mercuriano?

—De momento, mi apreciado investigador Lester, si fuese usted me limitaría a investigar si alguien ha visto a algún forastero más sospechoso de lo común en el distrito de Limehouse. Me atrevería a sugerirle que lo más sensato sería recurrir a la brigada irregular y no a los investigadores uniformados.

—Señor, ¿no tiene nada más que decirme? Creí haberle entendido que...

—Que tenía resuelta una parte del misterio. Debería estar lo bastante familiarizado con mis métodos, investigador, para saber que nunca saco conclusiones cuando tengo un simple esbozo, siempre espero a tener el cuadro completo. Y ahora, creo que usted tiene una investigación que organizar, y mi socio y yo ya hemos hecho esperar lo suficiente a la señorita Jane.

El mezquino investigador clavó una mirada furibunda en mi amigo, mientras se daba golpecitos en la mano izquierda con una libretita que había sacado minutos antes, con el objeto de anotar los consejos de H. Al comprobar que con aquel gesto no iba a conmovér a mi socio, Lester salió del cuarto de dos grandes zancadas, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, que había abierto de un enérgico tirón. Si hasta ese momento no me había formado una opinión del sujeto, ese detalle inclinó la balanza hacia la antipatía, pues no podía habersele escapado que Kelly Jane estaba sentada en el sofá, situado justo enfrente de las habitaciones.

Por suerte, la muchacha estaba lo bastante concentrada en la tela que se tensaba en el bastidor que sujetaba en su mano izquierda como para darse cuenta de que la puerta estaba abierta. No obstante, la concentración no disminuía por completo su grado de alerta y cuando nos acercamos a ella, tras haber cerrado la puerta del cuarto de su amiga, levantó la cabeza de su labor.

—¿Han terminado ya con Liz? —nos preguntó, antes de que pudiésemos hablar.

H hizo un leve gesto de asentimiento.

—En ese caso, ¿les importa que hablemos en mi cuarto? Miss Polly dijo que mandaría a los chicos a por el cuerpo en cuanto ustedes terminasen con él, y no quiero...

No necesitó terminar la frase para que accediésemos a su petición. Mientras nos precedía, observé que, ahora que caminaba descalza y no sobre los afilados tacones, era muy bajita, pero eso no le restaba encanto a su figura, ahora enfundada en una bata de brillantes telas multicolores. No parecía llevar nada debajo de la misma y, sin embargo, no resultaba vulgar ni turbadora, solo natural.

Y su cuarto se correspondía con la personalidad de su dueña; bien podía ser una habitación a la que una mujer subiría su clientela, pero no en el rol de dama de favores comprados, sino en el de una modista o una costurera.



Tras ofrecernos asiento en las sillas y acomodarse ella misma en la cama, H empezó su interrogatorio y lo hizo para preguntarle qué sabía sobre la difunta.

—De su boca nada, no era muy habladora, por eso era una buena compañera de habitación.

—Pero seguro que usted sacó algunas conclusiones sobre su persona —aventuró mi amigo.

Kelly Jane entornó los ojos con gesto pensativo.

—No era ningún angelito, eso seguro. En el pasado estuvo metida en algo turbio y dudo que fuese como víctima.

H alzó la ceja en el gesto más elocuente que le había visto hasta ese momento, pero escuchar cómo alguien calificaba poco más que de verdugo a aquella mujer martirizada, pues no me cabía duda de que la cicatriz que le deformaba el rostro y tal vez otras partes de su cuerpo era una prueba de tortura, resultaba desconcertante.

—¡Ey! No me miren como si les hubiese ofrecido desvirgar a una niña. Cuando una lleva suficiente tiempo en este lugar, sabe distinguir cuándo las yemas de los dedos han sido quemadas y cuándo borradas, y también sabe identificar los ojos de una víctima. Liz tenía algunas quemaduras en la mano izquierda, pero las yemas de sus dedos eran lisas y blancas.

Observé a H realizar un gesto asertivo, mientras me maldecía por no haber sabido ver en las manos de *Scar Liz* los rastros del *Erased*, un producto químico que hacía irreconocibles las huellas dactilares y que era popular entre los desertores, a los que yo mismo estuve encargado de perseguir y arrestar antes de ser enviado a Gelto.

—Y no era una víctima, su pose seguía siendo orgullosa. Aunque sí que tenía miedo, siempre se aseguraba de que tuviésemos bien cerrada la puerta del apartamento y, a veces, la sorprendía mirando con desconfianza a los humanos desconocidos, sobre todo si llevaban el pelo largo.

—Y sin embargo, subió con un desconocido a su cuarto —no pude evitar comentar.

—Lo hacía con frecuencia, al menos con los tipos que no le despertaban miedo. Si un tipo quiere subir a tu cuarto es que quiere hacerte cosas que no puede hacer contigo en la calle. Y una chica puede ganar mucho con ese tipo de servicios. Creo que Liz veía *Whitechapel* como un lugar donde borrar su rastro y ganar la suficiente pasta para seguir huyendo de aquello que la perseguía.

—¿Y qué servicios son los que suelen prestarse de puertas adentro? —pregunté, recordando el cuerpo esposado de *Scar Liz*; por mucho morbo que pudiesen despertar los grilletes, el sexo anal era la práctica más común en la zona. Se me escapaba por qué nadie iba a pagar un extra y el peaje a *Miss Polly* solo por una pequeña variante.

—Depende de la chica y de sus pudores, por así decirlo. No sé cuál era el caso de Liz, pero puedo decirles que en el mío son las mamadas. Pueden hacer con mi cuerpo lo que quieran pero creo que una mujer solo debería chupársela a su hombre y por eso tengo la tarifa más cara de todo *Whitechapel*.

—¿Y es...?

—Lo bastante elevada como para disuadir a los curiosos y lo bastante alta también para pagarme el peaje de acceso a la mayor parte de las ciudades donde podría ganarme



la vida como modista.

Antes de que yo pudiese seguir poniéndome en evidencia, mi compañero soltó un ligero carraspeo y, tras murmurar un «ya la hemos entretenido bastante», se puso en pie. Yo le seguí poco después, sin demasiado entusiasmo. No hablamos en ningún momento durante el periplo hasta nuestro hogar-satélite pero, por el gesto de H, intuí que los próximos informes que éste mandase sobre mí a la unidad central podrían no ser muy positivos.

Su actitud en nuestro hogar no mejoró mis perspectivas, pues se encerró en su pequeño laboratorio, sin tomarse la molestia siquiera en desearme «buenas noches». Sin nada que hacer, me fui a la cama. Me gustaría decir que soñé con el bello rostro de Kelly Jane, y adornar así este relato, pero mis sueños fueron mucho menos agradables. Imágenes del cuerpo sin vida de *Scar Liz* se alternaban con las de las víctimas de los mercurianos; eso sin contar las interferencias de mis propios y cruentos recuerdos de guerra.

A la mañana siguiente, no me levanté de demasiado buen humor, creo que por eso refunfuñé más de lo habitual mientras engullía mis concentrados alimenticios. Ni en la base ni en Victoria estaba prohibida la comida orgánica, más bien se desdeñaban los preparados sintéticos; no obstante, ni H ni yo éramos capaces de cocinar nada que no fuese letal, por eso nos conformábamos con aquellos preparados. Pero, al menos yo, seguía añorando la buena y nostálgica comida orgánica. Y la aburrida dieta que seguíamos solo era una de las muchas incomodidades de nuestro refugio. Necesitábamos una mano femenina, pero ninguna mujer se atrevía a quedar varada en un hogar-satélite junto con dos solteros. Otro día habría debatido con H sobre ello, pues si bien mi socio había sido programado para no sentir deseo alguno por las féminas, las respetaba profundamente como seres pensantes, superiores a nosotros en ciertos aspectos de la vida. Sin embargo, y pese a mi enojo con la dieta, esa mañana estaba demasiado ocupado discutiendo con mis sueños.

«No puede ser un mercuriano», recuerdo haber pensado.

—Veo que por fin se ha dado cuenta de lo evidente, amigo Bancroft.

Alcé la vista de mi bandeja, sin dar muestra alguna de extrañeza por el comentario de mi colega. Reconozco que la primera vez que hice tal cosa, me sorprendió y asustó, pues casi parecía telepatía. Pero H no tardó en revelarme que yo tenía la costumbre de subvocalizar cuando estaba inmerso en mis pensamientos y, entre sus muchos talentos, estaba el de la lectura de labios.

—¿Y puedo preguntarle qué le ha llevado a replantearse sus conclusiones? —se interesó.

—Las heridas. Los mercurianos, más que fundir, licuaban los cuerpos de sus amantes. Y en la cama de *Scar Liz* apenas había nada más que el líquido que usted recogió.

—¡Bien visto! ¿Y no hay nada más que sustente su teoría?

Cerré los ojos y recorrí de nuevo el cuarto, ni el polvo verdoso ni el barro me decían nada. Evoqué los frascos, llenos de lo que yo había identificado la noche anterior como fluido corporal de un mercuriano, y dejé que los ojos del recuerdo se recreasen en las bolitas iridiscentes que los recipientes contenían... Iridiscentes, sí. Nunca fui buen estudiante, pero hasta yo recordaba la descripción que el manual hacía de los mercurianos *[...]en su cuerpo, su sustancia, que es piel, carne y hueso a un tiempo, fluctúa de tonalidades; exenta, se vuelve gris y opaca, pues es materia muerta [...]*



—Las bolas... —me limité a decir, mientras me daba una fuerte palmada en la frente.

—Y no se olvide de los restos de tabaco...

No me olvidaba, más que nada porque hasta yo sabía que los hombres de mercurio odiaban el fuego y era impensable la imagen de uno de ellos fumando. Pero yo no había visto tabaco en sitio alguno.

—El polvillo verde —me ayudó.

—¿Bromea? No hay ceniza verde.

—Cierto, yo también dudé de mis primeras conclusiones pese a que, fuera del color, todo indicaba que aquella sustancia eran los restos de *Blend Supreme*, en su modalidad para pipa.

O lo que era lo mismo, uno de los tabacos más extendidos por el Sistema Victoriano.

—Pero su observación no ha sido desacertada, el tono verde sigue sin ser natural. El análisis al que sometí el tabaco demuestra que ha sido sometido a algún tipo de alteración que todavía no he sido capaz de identificar.

—¿Y cuál será nuestro próximo movimiento?

—El mío, seguir trabajando en el laboratorio; el suyo...

Pero antes de que pudiese darme instrucciones, sonó nuestro comunicador.

—Diga, investigador Lester —contestó H, sin molestarse en mirar la pantalla.

Sabedor de que mi colega me narraría la conversación, de creerlo pertinente, aproveché para recoger los platos y acicalarme. Cuando regresé, H ya había terminado su charla. Las informaciones del investigador eran magras, pero sabrosas. En uno de los tugurios de Limehouse, el dueño se había pasado media noche gruñendo porque uno de sus nuevos huéspedes no había aparecido por el alojamiento y todavía le debía la cuota de dos noches. Entre maldiciones, el tabernero no dejaba de afirmar: «Tenía que haberme fiado de la parienta cuando me decía que el paliducho no nos traería nada bueno». El famoso cliente desaparecido no parecía tener melena, pero eso era algo que, dadas las circunstancias del caso, hasta yo me habría esperado.

El irregular se había interesado por el misterioso huésped, en la medida que la discreción le permitía, y pudo averiguar que el hombre llevaba consigo un mapa donde tenía señalados los principales callejones del vicio. Por el momento, el infiltrado había contratado un alojamiento en la pensión, a la espera de que nuestro sospechoso se decidiese a regresar en busca de sus cosas, que seguían en la taberna y, según mascullaba el dueño, encerradas bajo llave en un maletín.

—Nuestro investigador parece estar haciendo un buen trabajo con el espionaje, pero los dos sabemos que es un hombre muy falto de tacto. Así que le sugeriría que fuera usted a hacerle una visita a la hermosa Kelly Jane, por si el descanso le ha refrescado la memoria.

No precisó darme la orden dos veces. Aunque antes de escurrirme hasta mi cuarto, no pude evitar preguntarle una cosa que me escamaba desde la noche anterior.

—H, ¿qué había en el barro que le hizo mandar a Lester al Limehouse?

—Si llevase más tiempo aquí se respondería usted mismo a la pregunta. El barro del



House tiene un aroma a azufre inconfundible.

Una vez el rayo ascensor me dejó sobre el puerto estelar, no tardé demasiado en llegar a mi destino; por el día apenas trabajaban en la zona más que las lujosas cortesanas en sus *palacios*, y alguna que otra ramera de apartamento, así que no tuve problemas para desplazarme en calesa por las calles casi desérticas de la villa burdel, que creaban un espectáculo tan poético como decadente. Aunque no tan lírico como la melancólica sonrisa con la que me recibió Kelly Jane.

—Hola, vigilante —me saludó—. ¿Se quedó ayer con ganas de preguntarme mis tarifas?

Llámenme iluso, pero, pese a lo juguetón de su saludo, creí ver en él también cierto toque cariñoso. Aunque eso no evitó que me ruborizase como un recluta en su primera noche en un prostíbulo.

—Esta vez he prometido comportarme como un vigilante serio —me disculpé—. Pero creemos que tal vez haya podido recordar alguna cosa que nos resulte de interés.

—No creo que pueda serle de demasiada ayuda... Pero, si no le importa hablar conmigo mientras trabajo...

De nuevo, no pude evitar ruborizarme ni mirarla con cierta alarma.

—Me refiero a mi otro trabajo —me tranquilizó, elevando la muñeca izquierda, en la que portaba un acerico—. Esa zorra de Lady Charterley me escamotea dinero si me atraso en las entregas.

—¿Cobra a todas sus compañeras de profesión por hacerles ropa? —pregunté, antes de recordar que me había prometido comportarme de un modo profesional.

Kelly Jane levantó unos instantes los ojos del vestido que estaba rematando y me recorrió con una mirada cargada de ironía.

—Solo a esas estiradas de las cortesanas. Las meretrices de a pie hacemos trueque de favores. Pero creo recordar que no venía usted a interesarse por mi vida. ¿Saben algo ya del asesino de la pobre Liz?

—Hemos avanzado, aunque todavía nos quedan flecos por aclarar —contesté, evasivo.

—No sé si les servirá de algo —dijo, dejando a un lado su labor y también el habla provocadora—. Pero, hiciese lo que hiciese en el pasado, Liz no había sido una criminal de baja estofa, creo que es posible que en el pasado fuera médico o algo así. Ayudó a Miss Polly con sus problemas de huesos y remendó a más de una chica, después de que algún cliente la machacara. Ya sé que eso puede hacerlo mucha gente —atajó, al sorprender el escepticismo de mi mirada—, incluso usted, seguramente. Pero, donde la gente normal habla de «rasguños», ella decía «laceraciones menores».

Hice un leve gesto de asentimiento, mientras evitaba demostrar hasta qué punto me había afectado uno de los últimos comentarios de Kelly Jane, pues, si bien yo ni había sido ni era médico, sí era una especie de «remienda-heridos» en mi unidad. Aquella muchacha era observadora. Y no solo podía habernos dado una pista útil, sino que, seguramente sin pretenderlo, volvió a avivar mi curiosidad sobre su persona.

—¿Y qué era Kelly Jane antes de acabar aquí?



—Nací aquí, vigilante, hace ya más de treinta años —me sorprendió—. Pero mi madre era cocinera en una casa señorial en Hetford, al menos hasta que el hijoputa del hijo de los señores la dejó preñada y la expulsaron por arribista. Tuvo que ganarse la vida aquí, pero siempre se preocupó de que tuviese la cabeza sobre los hombros.

»Mire, vigilante, yo no me hago ilusiones. Un día me ganaré el pasaporte para irme de aquí o si no acabaré como Miss Polly, trabajando de *madame*, pero no sueño, como otras, con conocer a un Jack que me saque de puta. Y por eso, en lugar de emborracharme, me dedico a la costura.

No pude más que sentirme sobrecogido por aquella contestación, pues nuevo en la zona o no, no me era desconocida la leyenda del tal «Jack», que parecía haber sacado del lumpen a muchas mujeres en el primitivo Whitechapel, ni tampoco el cómo muchas mujeres se ilusionaban con aquel sueño estúpido mientras ponían su cuerpo al servicio de la escoria de la galaxia.

Me habría gustado darle una respuesta a la altura de las circunstancias, pero la vibración de mi comunicador me obligó a desviar mi atención. Lo cogí y comprobé que en la pantallita destellaba un mensaje en cursivas, precedido de una «v», lo que, en aquel práctico anacronismo, se traducían en que el comunicado que yo recibía por escrito había sido susurrado por H.

Venga a la taberna El Carbunco Azul, en el House, y busque una banda de lunares.

Tras despedirme de Kelly Jane, con la promesa de informarla de cualquier novedad sobre el caso, me encaminé al Limehouse. De día el infame barrio era tanto o más siniestro que por la noche, pues si bien nadie podía ampararse en sus sombras para cometer toda suerte de crímenes, se vislumbraba toda aquella podredumbre que, en la noche, quedaba disimulada bajo el manto de la oscuridad.

La taberna no estaba demasiado concurrida a aquellas horas: un tipo con aspecto de tripulante de lanzadera espacial hablaba animadamente con el camarero en la barra; en una mesa situada en una de las esquinas del bar, que tenía forma de «L», un tipo flaco y de aspecto desastrado dormitaba de tal modo que su mugriento pañuelo de lunares ondeaba como una bandera. Casi en la esquina opuesta, otro hombre, embozado, daba vueltas a su bebida con mano trémula.

Tras ordenar que me sirviesen una cerveza, me senté cerca de aquel dormilón mal disimulado. Sin necesidad de intercambiar miradas siquiera, H me tendió con discreción unos papeles que yo intenté leer con idéntica cautela. Casi no lo conseguí, pues, cuando vi el resultado de los análisis que H había realizado en su laboratorio, apenas logré contener un grito de horror.

«Muerte Esmeralda», ésa era la sustancia que alteraba el color del tabaco y también una de las que formaban parte del fluido corporal de falso mercuriano. Durante un segundo, sentí tanta o más conmiseración por el verdugo que por la víctima, pues solo una cosa podía explicar, a mi juicio, la presencia de la Muerte Esmeralda en el tabaco: era un antiguo espécimen del proyecto *Sleeper*, una investigación promovida en Mercenia con la que se buscaba crear no el soldado definitivo, sino el infiltrado perfecto, capaz de escurrirse por los recovecos como un mercuriano y de hacer que su tacto fuese letal si lo descubrían. Lo que crearon fueron parias que no podían llevar una vida normal ni dominar sus dones y que eran adictos a ese horrible veneno llamado Muerte Esmeralda, una ponzoña que corroía las mismas entrañas, pero sin la que ellos no podían vivir ni tocar a otro ser viviente. Y una pipa era una opción bastante discreta para que uno tomase su



dosis, pues el humo era inodoro e inocuo para el resto de los mortales.

Sí, ahora con los análisis en la mano, las heridas de *Scar Liz* parecían de lo más lógicas. Incluso fumando, la excitación sexual alteraría tanto las hormonas de un *sleeper* como para convertir su cuerpo en una bomba, y más aún sus fluidos corporales.

—¿Un soldado? —susurré.

H asintió

—Y ella, uno de los científicos fugados...

Si algo recordaba con más horror que el resto de las circunstancias que rodeaban el Experimento Sleeper, era que la mayor parte de los científicos involucrados habían podido escapar. Al menos, la mayor parte de los que carecían de los escrúpulos necesarios para retractarse de lo que habían hecho; los arrepentidos bien habían muerto la mayoría a manos de sus compañeros, bien estaban en prisión.

—Si hubiese sido otro sujeto de prueba no podría haber trabajado como prostituta —asintió H, antes de señalar con la barbilla el tipo del temblor de manos.

—¿Nuestro hombre?

De nuevo H asintió.

—Llegó poco antes de que lo llamase a usted y subió a su cuarto. Por desgracia para él, yo ya había identificado la Muerte Esmeralda y había ordenado a nuestro infiltrado que entrase en la habitación del sospechoso y se llevase todo frasco que contuviese un líquido verdoso. Si encontraba uno con líquido anaranjado, debía dejarlo allí.

En ese momento, no supe si considerar a H el más humano de los hombres o el más cruel, pues, de tener aquel tipo la famosa botella de líquido naranja, lo privaba de todo alimento para dejarle el único veneno que podía destruirlo. Se trataba, por si alguien no lo ha identificado, del famoso Factor Naranja con el que la armada interestelar ejecutó a todos los *sleepers* a los que pudo dar caza.

Como si nuestra conversación lo hubiese invocado, el hombre se puso en pie y con grandes zancadas poco estables, se sentó en la silla que quedaba delante de H. En aquella programación que le impusiera el doctor Baker, mi socio sentía una necesidad compulsiva de disfrazarse en la mayor parte de sus investigaciones; lo que le faltó por inculcarle fue el talento para que sus charadas no pudiesen ser descubiertas por una persona observadora, o intuitiva. Y un *sleeper* que hubiese estado viajando durante más de un lustro sin ser arrestado o linchado por una multitud temerosa, tenía que ser ambas cosas.

El embozado sacó de su gabán una botella llena de algo anaranjado y, aprovechando que mi jarra estaba vacía, lo vertió en ella, para aspirar el fétido aroma del veneno como si fuese néctar divino.

—No vino usted en busca de la Muerte Esmeralda, ¿verdad? —preguntó H.

Por toda respuesta, el hombre sacó un estuche lleno de ampollas de contenido verdoso, dejando entrever una mano enfermizamente blanca y surcada de venillas verdes.

—Y Kelly Jane tendría que haber descubierto dos cuerpos en aquel cuarto... —concluyó H.

En ese momento, caí en lo obvio; nadie, y menos aún una científica vinculada al pro-



yecto *Sleeper*, habría dejado de detectar en aquel hombre los síntomas de una víctima de los experimentos. Creíamos estar investigando un asesinato y resolvimos un suicido. O más bien lo hizo H, que me confesaría más tarde que solo vio ese lado de la ecuación cuando identificó la sustancia que cambiaba el color de la ceniza.

—Me olvidé de cargar la ampolla naranja, mi memoria no siempre funciona bien en los últimos tiempos. Toda esta mierda va destruyendo mi cuerpo poco a poco —aclaró, mientras señalaba el contenedor de ampollas—. Pero lo necesitaba para vivir, al menos hasta hace unos días...

—¿El profesor Decker? —oí preguntar a H.

—Muerto, lo mismo que los otros. Nunca pudo renunciar a los efebos, ni tampoco a su melena. Él y el resto de sus adoradores nos condenaron a muerte por desvelar la realidad del experimento; a mí me envenenaron con el mismo veneno que había ayudado a crear, a Elizabeth la torturaron. Pero escapamos, y nos convertimos en sus verdugos —afirmó nuestro interlocutor entre toses. La capucha no me dejaba verle el rostro, pero todas sus acciones delataban a un hombre que abrazaría gustoso una muerte que le era esquiva—. Llámenos asesinos, pero un día u otro Decker y los suyos habrían puesto en marcha algo peor que el *Sleeper*. Muerto Decker, decidimos darnos aquello que él nos había arrebatado y de la forma que podía ser menos dolorosa para ella. Y ahora, es momento de que yo la acompañe, sea en el cielo o en el infierno.

Dicho aquello, se bebió de un sorbo el contenido de la jarra. Al poco, sus manos experimentaron una convulsión, que luego se transmitió a todo su cuerpo. Aquellos estertores duraron cinco minutos interminables. Cuando se detuvieron el cuerpo del doctor Henry Griffin cayó exánime sobre la mesa, ante el gesto imperturbable de H y la mueca de espanto de los otros dos testigos.

No tuvimos excesivos problemas para que el tabernero y su cliente, que, como algunos intuirán, era nuestro infiltrado y no podía delatar su posición, nos ayudasen a llevar el cuerpo hasta un carro, con el que lo transportamos hasta los dominios del inspector Lester, quien tuvo la asombrosa delicadeza de cerrar el caso de un modo discreto.

Más difícil resultó para mí explicarle a Kelly Jane que la muerte de su amiga fue un suicido antes que un asesinato. Sin embargo, lo tomó con más pragmatismo del que yo había esperado. O eso pensé en aquel momento.

Unos meses más tarde, después de una semana de aislamiento en nuestro satélite por culpa de una tormenta estelar, tuvimos que admitir que, definitivamente, necesitábamos una mano femenina. Sobre todo, ahora que la Armada Imperial me había confirmado en mi puesto de vigilante.

Así que H me animó a bajar a Whitechapel y ofrecerle a Kelly Jane trabajo en nuestra humilde morada. No obstante, cuando llegué a allí, no había rastro de ella. Durante un loco segundo creí que por fin había tenido un cliente lo bastante desesperado como para pagar el servicio que la sacaría para siempre del burdel. Pero Miss Polly pronto me sacó de mi error. Poco después de la muerte de Liz, un cliente comenzó a frecuentar a Kelly; era un tipo muy extraño, una especie de estatua azabache de comportamiento robótico, y Kelly Jane lo llamaba «mi Jack»... Y poco después se largó con él y una adusta mujer con pinta de *madame*, no sin antes convencer a otras compañeras para que la acompañasen a solo Dios sabía qué terrible destino.

Lo que más me dolió fue que se llevó con ella sus telas y su acerico, como si realmen-



te creyera que aquel famoso Jack la llevaba a un mundo mejor, donde podría seguir diseñando hermosos vestidos.

© Ana Morán Infiesta

ANA MORÁN INFIESTA ha tenido el honor de participar en varias antologías de relato fantástico, como *Horror Hispano Monstruos Clásicos* o *Zombies! Volumen 2*. Tras tocar varios géneros, ha descubierto que donde más cómoda se siente es en el pulp y la cifi soft. Forma parte del equipo editorial de la revista *Los zombis no saben leer* y en breve comenzará a publicar en el seno de *Action Tales Olimpo Renacido*, serial en el que el pulp, la mitología y la ciencia ficción se dan la mano.



NOVELAS

OXÍGENO Y AROMASIA. CAPÍTULO XVIII: CUERPOS INVISIBLES

por Claës Lundin

Traducción: Adriana Alarco de Zadra.

En el capítulo anterior, Oxígeno y Aromasia habían llegado a Copenhagen. En esta ciudad se hace público que Aromasia había sobrevivido al accidente con el Ododión. Este capítulo nos relata la deliciosa presentación del diafot, una sustancia que hace invisible los objetos sobre los que se rocía. Las utilidades son infinitas. ¿Será capaz de usarlo en su beneficio Oxígeno? Quién puede saberlo.

La noche antes del concierto, Aromasia fue invitada a una fiesta en su honor con uno de los más distinguidos practicantes de artes manuales de Copenhagen. Durante la reunión, Hydrogenius presentó a una joven mujer quien había descubierto una nueva forma de materia: el diafot, el cual permitía que los sólidos se convirtieran en cuerpos tan transparentes y sin color que se volvían completamente invisibles.

Se habían tenido noticias sobre este nuevo descubrimiento pero ningún experimento había demostrado su utilidad. Se esperaba que durante la reunión los invitados, además de entretenerse, apoyaran las investigaciones científicas. En estos días, la diversión en Copenhagen, así como en el resto del mundo, consistía en presentar descubrimientos y experimentos tanto químicos como mecánicos así como también cálculos matemáticos. Y, como es de suponer, las personas se entretenían en estas reuniones sociales mientras se ponían al día con las últimas noticias.

La mujer descubridora del diafot presentó un par de conejos que servirían como conejillos de Indias. Aún en el S. XXIV, la Sociedad para la Protección de los Conejos no había podido prevenir que muchas de las vidas de estos pequeños animales se sacrificaran en aras de la ciencia. Cientos de miles de francos se usaban anualmente por la Sociedad para librar a los conejos de la crueldad de los científicos, pero nunca les faltaban animales cuando se exponían los experimentos para promover la ciencia. Ese era el caso también durante esta velada.

El primer conejo fue alimentado con diafot, y el animal pareció encontrar el sabor muy agradable. Luego al animal se le frotó con la misma sustancia y le permitieron correr alrededor de la habitación. Tanto las damas como los caballeros presentes lo acariciaron y aunque parecía algo tímido no parecía estar indispuesto.

—Como pueden ver —exclamó la descubridora del diafot—, el tratamiento no produce ninguna influencia perjudicial en el estado de la salud del animal.

El público tuvo que admitir la evidencia, pero esperaron mucho tiempo para ver el resultado de la nueva sustancia. De pronto desapareció la cabeza del conejo o así lo pareció. Observando con atención pudieron ver sólo una vaga línea del perfil de la cabeza



que iba diluyéndose bajo la luz, minuto por minuto. El público expresó su sorpresa que aumentaba mientras las otras partes del animal se volvían una mancha o quizás una masa diáfana y neblinosa mientras se distinguía solamente el esqueleto que se movía visiblemente.

Finalmente, lo único que se pudo ver fue un esqueleto de conejo que saltaba de un lado al otro.

—Está muy bien —explicó Hydrogenius—, pero para que un cuerpo sea totalmente invisible, es necesario algo más. Quien desee quedar completamente incógnito quizás no debería hacerse ver ni siquiera como esqueleto.

—Bien —dijo la dama que presentaba la demostración—, aún no he acabado todos los detalles. Tratemos con otro conejillo.

El segundo conejo, tratado con un nuevo lote de diafot, aumentado con 3/100 partes de *homorhachion*, produjo un efecto aún más increíble. En menos tiempo que el primer experimento, el cuerpo del conejillo empezó a desaparecer hasta volverse invisible.

La estructura del esqueleto del animal también fue visible por un rato más largo que la piel y los músculos. Pero mientras pasaba el tiempo iba desapareciendo y, luego de un par de horas, fue imposible verlo aún si uno podía tocarlo con las manos y así saber que su cuerpo estaba realmente allí.

—¡Esto es magnífico! —exclamaron los presentes, extasiados.

—Es un buen descubrimiento —explicó Hydrogenius—. Esto podría traer como resultado considerables beneficios, si no se usara sólo como un juego de salón.

Los presentes estuvieron de acuerdo. Oxígeno, quien también estaba invitado, había seguido el experimento desde el principio hasta el final, con gran atención y mucho interés.

Hydrogenius preguntó al público si alguno de los presentes se ofrecía como sujeto experimental. Todos se miraron unos a otros dudando y luego de algunos murmullos, Oxígeno sugirió sumergir un abrigo en diafot, por el momento, para satisfacer la curiosidad, y él ofreció prestar su propio abrigo elegante para el experimento.

Se aprobó la sugerencia pero como no había suficiente substancia por el momento, solamente la mitad del abrigo pudo obtener el tratamiento. El resultado fue que Oxígeno apareció como a medio vestir ya que una parte de él estaba cubierto solamente por la camisa y la ropa interior, mientras el otro lado de su persona vestía normalmente.

El resultado del experimento causó hilaridad en la compañía, pero Oxígeno se veía sumamente complacido.

—¿Cuándo podré ver todo mi abrigo otra vez? —preguntó.

—Después de ocho o diez días —le respondieron.

Se escuchó una risa estruendosa entre el público presente.

—¿Quiere decir que el poder de esta substancia dura todo ese tiempo?— exclamó Oxígeno.

—Más o menos ese tiempo y luego el tratamiento puede repetirse y, si tiene el coraje de someterse al mismo tratamiento que hemos hecho a los conejillos, entonces todo el cuerpo humano puede volverse invisible durante ese tiempo.



—¡Excelente! —pensó Oxígeno—. Puedo empezar mis experimentos con el Subyugador de Voluntades sin que nadie me vea. Seguramente ahora sí tendré éxito.

Durante el resto de la noche demostró un humor magnífico y los presentes estuvieron de acuerdo que el fabricante de clima sueco era una persona sociable y encantadora.

Sin embargo, esa noche no se acercó a Aromasia. Ella lo observaba con curiosidad pero con una expresión triste en los ojos. La artista dejó la reunión temprano para pensar sobre el concierto que debía presentar al día siguiente.

Cuando Oxígeno regresó a su habitación en *El Salvaje Danés* inmediatamente se dirigió al teléfono del hotel desde dónde envió su renuncia como miembro del parlamento. Estaba seguro que ese era un acto importante que no debía esperar hasta el día siguiente.

Los públicos oficiales y los empleados civiles del hotel observaron su extraña vestimenta con ojos curiosos pero no se permitieron dirigirle ningún comentario.

—Él viene de las tierras altas —murmuraban entre ellos.

—Un sueco de otros tiempos, quizás —y esa explicación pareció tan buena como cualquier otra.

Oxígeno se observó en el espejo de la pared y sonrió con particular satisfacción viendo su medio abrigo.

—El diafot es una substancia excelente —se dijo— y ha sido una magnífica idea transportarme hasta Copenhagen con la corriente de aire.

Al día siguiente se levantó temprano y se puso otro abrigo. Observó con gran satisfacción que aquél del día anterior se veía siempre como un medio abrigo y aún no como uno entero.

Subió al techo del hotel por donde siempre pasaban vehículos de los mejores y tomó un taxi aéreo. Deseaba visitar inmediatamente el laboratorio donde la Señorita Photorup fabricaba la nueva substancia de transformación que había inventado. Pero quizás era demasiado temprano en la mañana, pensó, pues no había escuchado todavía la señal matutina.

En el año 2378, en Copenhagen, la señal matutina era totalmente diferente a los ruidos que en la antigüedad anunciaban el comienzo de una mañana de trabajo. Cuando el sol llegaba a una cierta altura, los rayos iluminaban la torre alta del observatorio en la colina donde se alzaba antiguamente el castillo de Fredriksberg, y un mecanismo automático se ponía en movimiento a través de la influencia fotoquímica regresiva. Y este mecanismo soltaba los tonos de una gran orquesta.

Sobre las casas de la gran ciudad resonaba el estruendo de enormes tambores y trompetas. Era solo para este propósito que se escuchaba la música, pues de lo contrario, los ciudadanos hubieran olvidado la señal matutina.

Aún si el cielo estaba cubierto de nubes, la luminosidad del sol trabajaba incansable detrás del mecanismo del observatorio, y en esa forma la señal matutina se escuchaba fuerte y rimbombante con su exhortación para empezar el trabajo del día, con la misma potencia en medio de la niebla que en los días soleados.

Muchas personas empezaban su día antes de la señal matutina, pero las horas normales de trabajo se contaban desde ese momento, y quien gozaba de buena salud pero



no se levantaba de la cama a la señal de la orquesta perdía el respeto de sus conciudadanos.

Una persona así no era elegible para representar al pueblo ni al Gobierno. Por supuesto, los ciudadanos no podían siempre saber cuando un individuo se levantaba de la cama pero muchas veces llegaba a ser de conocimiento público, sobre todo a través de los visitantes que vigilaban las habitaciones y las residencias en las mañanas, desde lo alto, justo después de la señal.

Oxígeno flotaba despacio sobre los techos. A esa hora ya se veía el movimiento habitual. Copenhagen se restregaba los ojos a la señal matutina y el ruido y el ajetreo crecía en forma increíblemente rápida.

—Hay casi tanto movimiento aquí como en Gothenburg —dijo Oxígeno a uno de sus amigos de Copenhagen, con quien se encontró sobre un antiguo edificio que se suponía era el centenario castillo de Rosenborg.

—Tienes razón —respondió su amigo— y nuestro movimiento es más estético, porque muestra mayor cultura artística y un mejor sentido de la belleza.

—Hmmm... —murmuró Oxígeno—, tú hablas usando algunos conceptos anticuados... ¿y sabes cuáles son las noticias del día de hoy en la ciudad?

—Bueno, actualmente hay muchas novedades. Para comenzar, existe una nueva substancia y creo que se llama diafot. Se dice que puede hacer invisible a todo el mundo.

—¿O sea que tú sabes sobre el descubrimiento?

—En la ciudad todos están hablando de ello, y no hay persona que no desee probarlo. La Señorita Photorup es la descubridora y ya es famosa. Recibe muchísimas invitaciones a diversos lugares y está ganando una gran cantidad de dinero. Si viviéramos en el pasado ella tendría una docena de pretendientes. Su futuro es brillante.

Oxígeno no parecía particularmente contento de escuchar que el conocimiento sobre las propiedades del diafot era ya muy popular. Él quería usar el descubrimiento antes de que fuera una materia de uso común. Con ese pensamiento en mente decidió ir al laboratorio de la Señorita Photorup. Saludó con la mano a su amigo despidiéndose y se dirigió hacia el este, mientras se acercaba al bloque de Dragor, en el antiguo Amager.

Al atravesar la pequeña plaza, llamada en otros tiempos Plaza Nueva del Rey, un grupo de vehículos de aire que se reunían en ese lugar obstruyeron su vuelo. Muchos viajeros observaban el terreno de abajo donde se estaba excavando el suelo para construir un nuevo edificio. Los excavadores habían encontrado unos arcos subterráneos y los arqueólogos examinaban las antiguas reliquias.

—Seguramente son los restos del Viejo Teatro Nacional —habían explicado unos arqueólogos.

—Imposible —objetaron otros—. Ese teatro no puede haber dejado ninguna traza. Fue puesto a dieta de hambre por los izquierdistas y murió de consunción. Sucedió hace cuatrocientos o quinientos años. Acababan de construir un palacio para representaciones nacionales, pero los actores recibían tan poco sueldo mientras los costos se elevaban cada vez más que al final prácticamente devoraron todo el teatro por completo. Nada los salvó de morir de hambre y luego el gran Teatro Nacional desapareció.

—Así es, lo viejo se acaba. El camino debe estar libre para los nuevos teatros de ma-



quinarias. La antigua forma de actuar era demasiado estúpida. Los nuevos teatros con su gran maquinaria ofrecen representaciones mucho mejores.

—Pero, ¿a qué edificio habrán pertenecido estos arcos?

—Probablemente pertenecían a una institución educacional llamada La Puerta. Esta tenía varias divisiones en la antigua Copenhagen pero su centro principal seguramente estaba cerca al antiguo Teatro Nacional.

—Sí, se dice que ha sido un establecimiento excelente para la educación superior. Fue una academia de alto vuelo donde se mantenían reuniones todas las noches y aún todos los días, cuando lo nuevo en la literatura y en el arte se escudriñaba íntegramente, se aprobaba o se rechazaba, se le premiaba o se le sentenciaba a muerte. Allí uno también podía aprender sin esfuerzo todo lo que había sucedido durante el día y la noche y también lo que podría suceder al día siguiente.

—No existen más instituciones como esa en Copenhagen.

—Todo ha terminado. Cuando la Institución de La Puerta desapareció, también sucedió lo mismo con la moda de encontrar soluciones a las preguntas del día y a las dudas de la noche en un vaso de ajenjo.

—¿Ajenjo? ¿Qué es eso?

—Era el agua de vida de la intelectualidad de Copenhagen, en la misma forma que el aperitivo y un vaso de ponche sueco llamado *arrack*, servían de estímulo activo a la sociedad de Estocolmo.

—Qué tiempos extraños fueron aquellos.....

Oxígeno no sentía absolutamente ningún deseo de continuar escuchando la conversación de los arqueólogos. Siguió su camino a través de la multitud volando sobre el enorme y luminoso paisaje empresarial. En lugar de la antigua Calle del Este, ahora el centro comercial lucía un techo de cristal y a través de las aberturas la gente elegante subía y bajaba mientras discutían alegremente y se saludaban unos a otros

Oxígeno pasó por la calle de Carlsploug y el colegio de Christiansborg, llamado así recordando el Palacio Real, y los cimientos de aquél servían aún de base a un edificio escolar. Siguió viaje a través de las fábricas químicas manufactureras y los laboratorios del bloque del Christian's Harbor y sobre los grandes teatros de maquinarias que lucían mejor sus escenarios en medio de las fábricas que los rodeaban. Llegó a los bloques de Amager y Dragor más allá de las manufactureras en el Mar Báltico y se detuvo en el laboratorio de la Señorita Photorup.

—Este es mi primer paso hacia el camino de la felicidad —dijo Oxígeno cuando puso pié en el techo de la casa—. Para comenzar, es mi oportunidad de volverme invisible, y con el uso del Subyugador de Voluntades, podré obtener entonces el amor exclusivo de Aromasia, científicamente.

Pero pasó mucho tiempo antes de conseguir tener audiencia con la Señorita Photorup. Había cientos de damas y de caballeros antes que él y todos deseaban comprar diafot o colocar grandes pedidos de compra para obtener el producto.

—Parece que todo el mundo quiere volverse invisible —dijo Oxígeno, molesto porque no era el único que deseaba beneficiarse con este maravilloso descubrimiento.

Finalmente fue su turno.



En la noche de ese mismo día toda la ciudad de Copenhagen corría, como se decía en el pasado, hacia Tívoli, donde Aromasia estaba presentando un concierto. La ciudad de Copenhagen del S. XXIV había cambiado mucho, para no hablar de la ciudad completamente nueva comparada con el lugar que fue cien años atrás.

La región había crecido y las calles eran irreconocibles. Por todas partes se abrían nuevas y larguísimas avenidas; los edificios eran como palacios y de varios pisos más altos que en la antigüedad: las habitaciones y residencias habían sido completamente remodeladas; se había perfeccionado la intercomunicación en una forma asombrosa; el Teatro Nacional, el antiguo Teatro Royal, el orgullo del estado Danés había desaparecido; la institución de La Puerta era una memoria; nuevos descubrimientos y magníficas invenciones se realizaban cada día.

Había una Institución que había sobrevivido por casi cinco siglos y medio y no solamente estaba viva y en constante acción, sino que cada vez era más poderosa: esa era Tívoli. Había sobrevivido a todas las vicisitudes de la fortuna, a todas las desventuras que habían golpeado Dinamarca y había tomado ventaja del moderno progreso de la nueva Dinamarca dentro de Escandinavia.

Para la democracia y el verdadero espíritu de la gente del país, había significado más que nada un mayor desarrollo político. Para comenzar, había acercado unas a otras las clases sociales diferentes y las había fusionado. Había guiado la invasión del socialismo que la amenazaba con un empuje pacífico pero vigoroso.

Verdaderamente, no había sido posible poner sentimientos humanos en los caníbales del S. XIX, pero como el sacrificio humano había terminado, Tívoli levantó el fervor nacional y contribuyó a la victoria sobre el *eterno prusianismo*.

En los siglos siguientes, Tívoli había progresado pacíficamente en su gran tarea, y en la segunda mitad del S. XXIV constituía un punto convergente común hacia el cual todos los miembros de la sociedad fijaban su atención complacida con la misma satisfacción de siempre y con confianza. El distrito de Tívoli había crecido gradualmente. En el año 2378 abrazaba las zonas llamadas antes Vesterbro y Fredriksberg.

El viejo parque de Fredriksberg era ahora un gran jardín zoológico dentro del territorio de la enorme ciudad, donde un corpulento gorila se veía sentado junto a su familia satisfecha. Estaba terminando de beber su media Bayer, una antigua bebida que consumían ahora las especies de cuatro manos, pues los seres de dos manos ya no encontraban placer en aquella bebida germánica.

Los tranvías y los trenes habían sido abandonados como medios de transporte. Pero los alegres Copenhagenses llegaban por aire en grandes masas para divertirse, desde todos los lugares: de los bloques de Tastrup y Lyngby, de los suburbios de Roskilde y del viejo Hilleröd, y desde la parte más recóndita de la ciudad, como la isla Saltholmen.

Esa noche la afluencia era abundante. Toda el área estaba iluminada por nubes de luz fantásticas que variaban constantemente. Se producían por el gas que llegaba a través de una tubería flexible de *kresim* transparente. El gas iluminaba con un despliegue magnífico de colores y en uno y otro lado brillaban grandes soles de luz eléctrica.

Todos deseaban entretenerse con el ododeón de Aromasia. Muchos habían escuchado sobre su terrible accidente en Gothenburg durante la última presentación, pero nadie temía que pudiera repetirse un hecho similar esta noche.

Lo sucedido en Gothenburg parecía haber incrementado el fervor del público hacia



ella y había una gran asistencia de público para el concierto en Tívoli. Todos querían ver a la artista que se salvó en forma magnífica y comprobar su maravillosa habilidad como artista de los aromas.

El concierto tendría lugar en el pabellón gigante situado en medio de Tívoli. Consistía en paredes transparentes de *kresim* claro y flexible que con el calor se podían alargar y crecer, por lo que aún sin la regulación de la temperatura, el público dentro del auditorio no sufriría del gran calor.

Pero las paredes de *kresim* estaban tan juntas que ningún perfume podía escapar por las rendijas. Eso causó gran desilusión en los visitantes de Tívoli que no pudieron obtener un asiento en el pabellón y que abrían las narices para tratar de oler algún perfume al aire libre que proviniera de las artísticas cuerdas aromáticas.

Tanto en la sala de conciertos como en el parque y también en algunos otros lugares de Tívoli, resaltaban figuras extrañas. En un cierto momento se vio a un caballero sin chaqueta y aún sin la ropa más íntima y, a veces, se vislumbraba una mujer sin brazos o con media cabeza, algo que creaba estupor y miedo entre las personas. Así mismo se pudo ver a gente que caminaba sin cabeza. Aquí y allá aparecía medio cuerpo o solamente dos piernas que se movían o una cabeza solitaria que flotaba en medio de la muchedumbre.

—Ese es el resultado del diafot —comentó alguien que sabía de la existencia de la nueva sustancia—, pero la gente ha estado demasiado apurada al usar la invención. Lo que se puede ver son sólo trabajos sin terminar.

—La Señorita Photorup no tiene tiempo de fabricar suficiente diafot para cumplir con los pedidos de la sustancia que le han hecho. Pero una enorme fábrica se está edificando gracias a las acciones de su empresa vendidas en Gothenburg. Giro, el director del banco está a cargo de las suscripciones para obtener acciones que serán muy valiosas cuando se fabrique suficiente diafot para completar los pedidos.

—Por el momento, nadie puede anticipar las consecuencias. ¿Quién habría imaginado algo así hace solamente poco tiempo atrás?

—Fue igual en el pasado cuando se inventó la energía a vapor, la electricidad y mucho más, pero nuestro tiempo ha eclipsado todas las invenciones del pasado.

Después del concierto, se preparó la fiesta en honor de Aromasia, a la cual se invitó también a la Señorita Photorup para que recibiera un aplauso del público. Aromasia aceptó la invitación y apareció en la habitación de asambleas rápidamente, aunque era una de las quinientas habitaciones para asambleas que existían en Tívoli. Pero la Señorita Photorup no apareció en la reunión, y este hecho causó sorpresa y desconcierto.

La reunión en honor de ambas damas comprendía un magnífico banquete, que no era una comida como antiguamente se preparaba, con alimentos que caían pesados al cuerpo y al espíritu. Tampoco eran unos bocadillos como ofrecía el director del banco Giro a sus invitados, sino que era una fiesta muy distinta a cualquier cena de otros tiempos, sea esta natural o artificial. Abundaba de lo que se llamaba en el pasado, alimento del espíritu. Así de modernos eran los tiempos en Copenhagen.

Antiguamente existía la costumbre en los banquetes daneses de ofrecer un brindis llamado *skål*, y entre plato y plato se hacía un discurso. Luego se entendió que no había suficiente tiempo para que todos los presentes hablaran. La libertad de palabra tenía demasiadas limitaciones. Por lo tanto, la gente empezó a decir sus discursos y a propo-



ner brindis o skäls, aún durante la comida.

Pero como los mecanismos de la palabra se habían desarrollado, la gente se dio cuenta que el comer y el beber eran un obstáculo a la libertad de palabra: por lo tanto, la comida y la bebida se eliminó de los banquetes y se dio rienda suelta a los discursos que exaltaban la ocasión.

Luego llegó la costumbre de que cada participante en lo que se seguía llamando una cena, proclamara diversos discursos y muchos de ellos y, a veces, todos juntos, proponían skäls simultáneamente, con palabras elegantemente elaboradas. Pero los brindis eran solamente en forma imaginaria pues no había nada para beber y nadie sentía la necesidad de hacerlo.

La descubridora del diafot y la artista del ododeón, como invitadas al banquete en su honor, eran las agasajadas. El primer brindis fue para Aromasia, la celebrada artista escandinava y se lo ofrecieron simultáneamente todos los presentes con distintos mensajes, muchos de ellos con un método que causó gran impresión. Aromasia agradeció con un discurso que no fue interrumpido por los presentes con aplausos como en el pasado, sino que fue aprobado en silencio por unanimidad.

El segundo brindis para la Señorita Photorup fue similar, a pesar de su ausencia que causó pesar. Pero antes de que el discurso terminara se reconoció en medio de todas las voces aquella de la ausente fabricante de diafot, proveniente del asiento vacío junto a Aromasia en la mesa reservada para las invitadas de honor.

Por algunos minutos se escuchó un murmullo de admiración que interrumpió el flujo inacabable de discursos.

—¡No está ausente —exclamaron los invitados—, ella está aquí en medio de nosotros aunque no la podamos ver! ¡Excelente! ¡Magnífico! ¡Victoria total para el diafot!

Luego continuaron los discursos y la voz de la Señorita Photorup se escuchó claramente en medio de los conferencistas.

Ella no esperó el final del brindis para agradecer, como Aromasia quien no estaba acostumbrada a los usos del banquete danés. Empezó a expresar su gratitud al principio de los discursos y cuando todos terminaron de hablar, ella también había completado sus palabras de agradecimiento.

En esa forma se podían llevar a cabo todos los discursos juntos durante el banquete.

Los invitados deseaban dar la mano a la Señorita Photorup, y se agruparon alrededor del asiento que creyeron vacío un momento atrás. Si alguno de los presentes tenía aún alguna duda sobre las propiedades del diafot, ahora esa duda había desvanecido. Todos pudieron apretar la mano pequeña y delicada que no podían ver, de la persona cuya existencia humana no se podía discutir.

Y, si alguna persona tratando de tomar la mano, tocaba alguna otra parte del cuerpo de la dama invisible, era causa de hilaridad y exclamaciones jocosas por parte de gente visible o invisible, y esto aumentó la seguridad de que la Señorita Photorup podía hacerse verdaderamente indiscernible...

Muchos de los presentes desearon que la invisible se volviese visible delante de ellos, pero ella no pudo satisfacerlos.

—No podrán verme aún por otra semana más —repuso ella—, si no uso otro lote de



diafot. Al principio aparecerá solamente mi cabello, luego mi esqueleto y finalmente los músculos y la piel.

—El descubrimiento no será perfecto —aseguró ella—, hasta que el efecto del diafot pueda desvanecerse tan rápido como se produce, pero ningún invento o descubrimiento puede ser perfecto cuando se usa por primera vez.

El banquete siguió adelante por varias horas con interminables discursos y finalmente se dispersaron los invitados, aseverando con unanimidad que el banquete había sido uno de los más exitosos que se habían ofrecido en el local del Tívoli.

Aromasia quedó muy satisfecha y pensó que la fiesta había compensado el triste concierto en Gothenburg. Además, no dejó de pensar en Oxígeno y se asombró por no haberlo visto en todo el día. Muchos de los participantes a la reunión también habían notado su ausencia. Algunos dijeron que lo habían visto en el laboratorio de la Señorita Photorup en la mañana pero nadie supo cómo había pasado el día.

La información de que Oxígeno había visitado el lugar donde se fabricaba el diafot le dio que pensar a Aromasia. Llegó a la conclusión de que debería acelerar su partida. El comportamiento de Oxígeno no le inspiraba confianza.

Era muy triste desconfiar del hombre que amaba realmente, pero así como era inmenso su amor por él, también entendía que nunca más podría tener confianza en él y que la unión de ambos sería causa de muchos sufrimientos.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente, Aromasia dejó *El Salvaje Danés* y Copenhagen. El día anterior, Oxígeno había trabajado para perfeccionar el Subjugador de Voluntades, pero cuando se despertó la ciudad de su letargo en la mañana, aún no había hecho suficiente trabajo como para estar seguro del buen resultado del artefacto.

Además, el lote de diafot que se había procurado era insuficiente para aproximarse a Aromasia en su invisibilidad y tratar de afectar su sistema nervioso. En la mañana, cuando llevaron un pequeño fonógrafo a su dormitorio con un saludo de despedida de su amada, experimentó un dolor agudo en el músculo llamado corazón, aquel mismo que en el pasado se suponía podía agitarse y sufrir con las punzadas del amor.

(Continuará...)

© Claës Lundin

© de la traducción: Adriana Alarco de Zadra.

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gothenburg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con STRINDBERG, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft* (Imágenes del futuro), del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán KURD LASSWITZ (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>



CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

CAPÍTULO 5.3: ARBUSTOS Y MALAS HIERBAS

por Javier Cosnava

Hemos visto cómo la Reina Pleamar quiere librarse de su esposo, el Rey, y comenzar con el dominio de las mujeres que lleva soñando su estirpe desde los tiempos de Constelación. El príncipe Bakenkhonsu como siempre, intriga en la sombra; mientras, la historia de amor-odio entre Kamutef y Remolino va a terminar de una forma completamente inesperada gracias a la intervención de Jeda.

7

Un fuerte dolor en el pecho una violenta punzada, una advertencia en forma de espasmo, tan pronto traspasaron el umbral de la casa y salieron a la calle. Aquello era, sin lugar a dudas, una señal de mal agüero. A él, que había permanecido media vida en el Desierto Occidental, no era fácil que se le escapasen cosas así. Podía oler el peligro. Así se lo hizo saber a su señora.

—Sólo son nervios. Te creía más valiente, Kemit.

Bajó la cabeza y murmuró una disculpa. No iba a permitir que una mujer pusiera en duda su hombría pero, ¡que demonios! Estaba seguro. Era una mala señal.

De camino a las caballerizas vieron a Zarpas, el gato del Supervisor de los Heteri, subido a una de las Torres de Vigilancia, en la Muralla Sur, gimiendo desconsolado, con el pelo erizado y revuelto por la cercanía del campo de fuerza, cuyos efectos parecían atraerle como las hormigas a la miel. Remolino señaló al animal y el Kemit no pudo esconder una mueca de disgusto: una segunda señal de mal agüero. Tal vez debieran olvidarse de aquel asunto y volver a casa. Así se lo hizo saber a su señora.

—Tonterías —rezongó la noble dama.

Estúpidos mestizos.

En las caballerizas les esperaba una nueva señal, ésta aún más evidente y difícil de soslayar. El Supervisor de los Heteri yacía en un charco de sangre, partido en dos por la rueda de un carro, con el rostro distorsionado en una mueca de éxtasis y alegría sin fin.

Remolino recordó la nota que había recibido de madrugada:

Las obras han comenzado. Los albañiles alcanzaron a media tarde el lugar que os interesa y les he dado un par de días libres. Apresuraos, pues yo mismo me marcho. Vuelvo a mi tierra, junto al mar, donde rompen las olas.

—Estúpidos y enloquecidos mestizos —balbució el Kemit.

Pero nada podía arredrar a su ama, que ascendió resueltamente al piso superior limpiándose la sangre del Supervisor de los Heteri, adherida a sus sandalias, en los escalones.



—Vamos, Kemit.

Encontraron las habitaciones sin mucha dificultad: los ladrillos en el suelo, el polvo, las ratas, las telarañas y una pared derrumbada les salieron al paso. Del interior, envuelto en la oscuridad más absoluta, emanaba una pestilencia rancia indescriptible. Incluso Remolino se detuvo esta vez.

—Búscame una lámpara.

El Kemit tuvo que descender, rodear el charco de sangre y el cadáver del Supervisor, coger un candil solar de su mesa e iniciar un nuevo y penoso ascenso. Su ama le esperaba nerviosa.

—No tenemos todo el día, Kemit.

Y, por fin, se hizo la luz. Caminaron hasta la entrada, cuando una barrera de energía les echó hacia atrás.

—Hola, Siptah —dijo Remolino a la figura que se adivinaba a través de un resquicio de la puerta.

El espectro estaba en el medio de la estancia con los brazos abiertos en señal de bienvenida. Vestía de blanco inmaculado y tenía el signo Maat de la Armonía pintado en la frente.

—Nieta querida, siéntate. ¿Has venido a liberarme? Muy bien, muy bien. Lamento no tener nada que ofrecerte, ni tan siquiera un vaso de agua. Son los inconvenientes de la condenación eterna. ¿No tendrás tú unos dátiles por ahí? ¿No? Bueno, sólo era una pregunta estúpida.

Mientras su ama sonreía interminablemente, el Kemit sintió que no podía dejar de temblar. Esos puercos mestizos y su fea costumbre de manejar a los hombres aún después de muertos. Malditos estúpidos.

—¿Quién es ése? ¡Un Puro! —rezongó el mago—. El mundo cambia. Nuestros enemigos son nuestros amigos, nuestros amigos nuestros enemigos. Todo está del revés. Dijiste que no traes dátiles, ¿verdad? ¿Y los Nlõplales del estanque? ¿Han vuelto a infestarlo todo con pestilencia?

Remolino, haciendo caso omiso a sus desvaríos, extrajo de un bolsillo un mando cuadrangular y pulsó un botón. El campo energético que protegía las estancias del mago se disipó ante sus ojos. Remolino avanzó entonces un poco más y se arrodilló ante el espectro, entonando Palabras de Gran Poder. Luego calló y miró a Siptah. Éste removía la cabeza.

—No está mal pero no está bien. Así tardarás una eternidad en liberarme de las ataduras mágicas que me amarran a este lugar. Necesitarás la ayuda de tu abuelo para convertirte en una buena hechicera.

—No deseo convertirme en hechicera, abuelo, sólo quiero que me entregues un sortilegio para que un monstruo de los abismos golpee a mi enemiga.

El rostro del mago se contrajo. Dio un paso atrás.

—¡No puede utilizarse la magia para obrar el mal!

—¿No me digas? Creo recordar que tú acabaste con la vida de ocho hombres al me-



nos en el pasado.

—No era ésa mi voluntad —dijo Siptah en tono afligido.

Remolino se revolvió, furiosa.

—¿Quieres quedarte aquí hasta el fin de los tiempos? ¿Te basta esta celda sucia, cubierta de polvo y telarañas o quieres volver a vagar por el mundo de los vivos?

—Yo... no sé —reconoció el mago, encogiéndose de hombros.

—Eres un alma en pena, tu castigo es eterno, ¿qué más puedes perder? Yo tal vez pueda conseguirte una tumba digna en un lugar aislado, quizás en la misma Abedju. Tengo muchos amigos y nadie se acuerda ya de lo que hiciste.

Siptah se quedó pensativo; vuelto de espaldas, sentado en una fantasmagórica banqueta. Sus manos y sus pies se movían al compás de una música que sólo debía sonar en su cabeza. Pasó algún tiempo. De pronto, se echó a reír.

—Olvida lo de la tumba y consígueme una bolsa de dátiles.

8

La aerobarcaza había detenido por fin su ulular monótono e incansable. El Rey se recostó en su lecho un pequeño instante y se dispuso para la ceremonia de bienvenida, allí, en el Pilar del Sur. Extrañamente, antes de llegar a Ity-tawy había recibido aviso de que se le esperaba en la patria de Montu y no en la de Amón-Re, y había tenido que dar media vuelta con todo su séquito. Estaba seguro que ése no sería el último contratiempo de la jornada.

—Vamos allá —dijo, y chasqueó la lengua.

Todo el tiempo que estuvo en las tierras del Uauat tuvo tiempo para pensar, y no sólo en lo que había sucedido sino cómo había sucedido y en lo que podría suceder si no aceptaba lo que los hados le habían dispuesto y se sometía a la tiranía de su esposa Pleamar. Apesadumbrado, descubrió que las cosas eran como eran, y de ninguna manera serían como él las imaginaba, y que el pasado debía quedar atrás o no habría futuro; y concluyó que lo único importante era formar parte de ese futuro, simple, egoístamente, continuar arrastrándose como un gusano por el fango limoso de la Tierra Mestiza. Y él no tenía nada en contra de los gusanos.

La aerobarcaza aterrizó cerca del embarcadero, en un lugar de atraque improvisado. Luego de las ceremonias de rigor y de dar las gracias a los tripulantes, Ajep descendió de su vehículo en olor de multitudes. Reconoció en las primeras filas a su tío Bakenkhonsu y, no sin cierta sorpresa, al Visir del Sur. El resto no pasaba de Jefes de lo que Está Sellado, nobles de provincias, cortesanos caídos en desgracia y subalternos de subalternos. Le habían preparado el recibimiento que esperaba, acorde con su situación.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó tan pronto pudo acercarse al Visir del Sur.

—Por pura casualidad —le confesó éste—, los Recitadores han designado el día de hoy como nefasto, el día de la furia del Rey Hapu, Justificado Sea, que se remueve en su tumba por falta de ofrendas. Toda la corte se ha trasladado a la tumba del viejo Rey para rendirle homenaje.



—Entiendo.

La fachada del templo de Montu se abría al este a través de dos Pilonos majestuosos. Avanzaron hasta el Patio de las Donaciones, vitoreados por escribas, jardineros, pintores, panaderos, encargados de almacenes, cocineros, perfumistas, artesanos... todo el personal laico del templo le esperaba para rendirle homenaje, ahogados por el sol, hacinados entre columnas porticadas, altares a Isis, Osiris y Montu, y mesas de ofrendas que rodaban con su contenido bajo el peso de la muchedumbre.

Al llegar a la Primera Sala Hipóstila le esperaban los iniciados, el sacerdocio del templo de Montu: puros, estolistas, redactores, lectores, horarios, horóscopos, cantores y funerarios, aparte de las altas jerarquías del dios. Luego que dejaron atrás el bosque de columnas, que imitaba la espesura de la ciénaga primordial, sólo quedaban el mismo Ajep, el Primer Servidor de Montu, Bakenkhonsu y el Visir del Sur. Estaban en la Segunda Sala Hipóstila, que señalaba el camino al Santuario.

Pero el camino se había vuelto estrecho; la luz, antes omnipresente y poderosa, apenas era un resplandor a su espalda; el suelo se había elevado y la techumbre parecía descender a cada paso. Era como si la misma tierra quisiera tragarles.

Montu le esperaba. Debía darle las gracias por haberle ayudado en la batalla. Su cabeza de halcón observaba de soslayo a sus invitados mientras que sus fuertes brazos sujetaban el hacha de combate y el arco con el que hacía llover la muerte sobre sus enemigos.

A su izquierda, un estanque de lotos perfumados; otro de los muchos que los Moribundos dejaron como regalo a los Loo.

Dio otro paso y penetró a solas en el Lugar Prohibido que No Debe Conocerse, la morada del dios de la guerra. Los oficiantes y encargados del culto ya le esperaban. Las ofrendas eran numerosas: mil jarras de cerveza y mil de vino, aves de corral, antílopes, bueyes, verduras, frutas, panes y pasteles.

Los dioses del Doble País tenían razones para seguir cuidando de sus hijos.

La escalinata le condujo a la terraza. El Santuario había quedado atrás, por fin. Supo que sólo Bakenkhonsu le seguía. Penetró en una capilla dedicada a la resurrección de Osiris y se sentó en el suelo. Su tío le imitó, unos pasos tras él. Tal y como Ajep esperaba, no tardó en abordarle.

—El templo es un lugar mágico, una imagen que refleja el devenir del universo mismo. El suelo recuerda el color pardo del terruño, las columnas rematadas en capiteles florales nos hablan de la vegetación que se eleva de los campos hacia la eternidad, los techos azules son como el cielo, con todas esas estrellas doradas y la barca de Re que navega por los treinta y seis ámbitos que hay luego del horizonte. Yo lo sé bien, el templo es la manifestación del universo, su imagen, su reflejo, el lugar donde se mantiene la Armonía. Aquí encontraréis los apoyos que necesitáis para mantener el equilibrio en el universo.

El Rey miró dentro de sí y no vio sino oscuridad, traiciones, mentiras, hombres ataviados con atributos divinos... y soledad.

—Sí —concedió, sintiéndose súbitamente cansado—, tal vez tengáis razón y el Templo represente el universo, tal y como los hombres lo perciben. Afuera, los devotos, que



nunca superarán el Patio de las Donaciones, no pueden admirar más allá de la fachada, los Pilones y los muros que representan la Gloria de los Reyes que iniciaron o concluyeron este lugar, los mitos de creación del mundo y poca cosa más. Mientras, el interior está reservado a gentes como tú y como yo, tan ociosos que tenemos tiempo para sentarnos a maquinari intrigas que nos conduzcan a la consecución de más poder, con el que construiremos nuevos templos, en los que otros podrán sentarse a maquinari ociosos cómo arrebatarlos.

—Majestad, no entiendo a dónde queréis ir a parar con...

El Rey envolvió a su enemigo en una penetrante mirada.

—Dime, Segundo Profeta de Amón-Re, Guardián de los Hijos del Rey, Grande entre los Grandes de nuestro país, noble príncipe Bakenkhonsu, ¿piensas tu también que soy un incapaz, un imbécil, aparte de un Rey indigno? Dime, ¿piensas como todos?

—Yo, Majestad, jamás...

—No esperaba respuesta, tío, así que será mejor que no ensayes ninguna. ¿Sabes? Yo sé bien cómo eres tú y tú sabes bien cómo soy yo. Crecí con la sombra de tus acciones sobre mis hombros, al fin y al cabo. Pero yo no te trato como si pensase que eres un imbécil o un incapaz. No lo hagas tú conmigo.

—Yo, Majestad, en ningún momento...

—Te diré qué sabes tú de mí y qué sé yo de ti, así tal vez comprendas de qué estoy hablando.

Ajep suspiró. El Segundo Profeta de Amón-Re permaneció en silencio, sin un amago de protesta.

—Yo sé que, por primera vez, comienza a haber algunas voces que defienden la causa del rey Ajep. ¿No es ese muchacho, después de todo, hijo del buen Hapu? ¿No ha vencido con un reducido número de valientes a los Loo rebeldes de Uauat? La Reina se remueve nerviosa en su trono, piensa que tal vez su posición no sea tan segura y teme se le eche en cara sus amoríos con su Mayordomo —¡ah!, ¿pensabais que no estaba informado?—, o cualquier otra excusa para rebajarla al rol de mujer, una posición que le han enseñado a odiar más que a ninguna otra cosa.

El príncipe Bakenkhonsu jugueteaba, nervioso, con uno de sus brazaletes. El Rey consideró aquella ansiedad, la incertidumbre provocada en su rival como una pequeña victoria, y saboreó el dulce instante en que su tío descubría que, en verdad, no se enfrentaba a un incapaz ni a un imbécil.

—Pero yo sé que tú sabes que Ajep no hará nada contra la pequeña Pleamar, porque a Ajep no le importa nada vuestro mundo y sus querellas, Ajep no nació para sentarse a maquinari traiciones, ni siquiera a maquinari cómo defenderse de las traiciones de los otros. He combatido en el Uauat y en el Kush, en todo el sur, porque no tuve más remedio; me perseguían mayores peligros si permanecía en palacio. Tú sabes, querido tío, que apostar por mí es hacerlo al perdedor, a la tirada que el azar no permitirá ver la luz.

Bakenkhonsu seguía callado, con cuatro de sus brazaletes en la mano, haciéndolos girar entre sus dedos, uno detrás del otro.

—Lo cierto, sin embargo, es que estás aquí, sabiendo que habrá más de un espía de



la Reina husmeando cerca, para comunicarle tu adhesión a la causa del soldado Ajep. Tal vez incluso te hayas atrevido a insinuar a mi esposa que dudas de su legitimidad como Soberano. Ella es una mujer, ni siquiera su padre tuvo nunca muy claro que toda esta maniobra sirviera para algo. Ahora bien, ¿por qué actúas de esa forma?

Ya no había donde esconderse. No le quedaban más brazaletes. Su tío hizo un ademán de impotencia y dejó caer unas extremidades desnudas de adornos.

—Hablad claro, Majestad.

—Es de dominio público que antes de finalizar el año sustituiréis al actual Sumo Sacerdote de Amón-Re; decrepito, senil e inclinado ya más a la bebida y a la especulación teológica que al noble arte de la intriga, que es lo que se espera de un hombre de su condición. Todos esos estúpidos que apoyan a Pleamar no comprenden algo tan simple como que recibirá mucho más el que duda que el devoto; el que duda debe ser sobornado, el devoto se entrega sin más. Por otro lado, Pleamar no conseguirá reinar sin el apoyo del clero de Amón-Re, el Oculto, y nada intentará contra él ni contra vos. De esta forma, dudando pública y notoriamente, conseguiréis que se os compre, se os entreguen poderes públicos, acaso laicos, el de Visir del Sur –pues el hombre que ocupa el cargo barrunto no tardará en caer en desgracia– y Superintendente de Todos los Templos del País, por ejemplo, y conseguiréis finalmente que el Oculto no sólo sea necesario para aupar a Pleamar al poder sino para aupar a todos los que le sigan, a través de un proceso oracular o de una teogamia que justifique la llegada al poder del Rey como hijo de Osiris y remedo de Amón o Amón-Re, o hijo de Mut y primo lejano de Khonsu, ya os inventaréis algo pero, en adelante, nadie sostendrá el Cetro sin vuestra aquiescencia.

El Segundo Profeta de Amón-Re volvió a colocarse sus brazaletes. Su expresión no había cambiado un ápice, pero su rostro había perdido firmeza, nervio, y ahora parecía sólo un religioso más, instruido para hurgar en las miserias del hombre, ávido de poder.

—Veo que creéis saber muchas cosas.

—Las sé, tío.

—Llevo mucho tiempo conduciendo el destino de la pequeña Pleamar para dejar que ella tome sola todas las decisiones. Me merezco estar a su lado. Nadie lo merece más que yo. Así que creo que no estáis en posición de juzgarme por desear lo mejor para mi Dios, para mi Reina y para mí mismo.

Ajep habló esta vez con más amargura que determinación:

—No lo hago, sólo os pido que abandonéis esta capilla y me dejéis en paz. Hemos permanecido el tiempo suficiente para que los necios sostengan que maquinamos el asalto al trono. Ya no necesitáis seguir importunándome. Además, me molesta vuestro hedor.

Bakenkhonsu se quedó tan sorprendido que tardó en reaccionar. Ajep se asía el mentón, con los pensamientos errando hacia cualquier otro lugar. Por un momento, el Segundo Profeta de Amón-Re habría jurado que era su padre, Hapu, el que le miraba, a punto de dejarse llevar por la furia:

—Vete. Ahora, gordo nauseabundo.

El príncipe se inclinó y desapareció pensando cuán cerca estaba aquel muchacho de ser un Rey poderoso. Bastaría con que lo desease. Su sangre le llamaba, pero Ajep sólo tenía oídos para la verdad, y la verdad es buena consejera en los libros y mala para la vi-



da. Por eso sólo en los libros hallaba el joven Rey la paz anhelada. Aunque no por mucho tiempo. Un día, sólo por haberse atrevido a insultarle, aquel *gordo nauseabundo* le conduciría de la mano a la más dolorosa de las muertes.

9

En el Lugar Prohibido que no Debe Conocerse las ceremonias tocaban a su fin. Los oficiantes habían elevado el tono de su voz para que nadie pudiera dejar de escuchar sus plegarias. Tenían prisa por regresar a sus habitaciones y comerse todo lo que habían ofrendado al Divino Montu.

—¿Estáis ahí?

Ajep estaba a solas en la terraza. Había abandonado la capilla de la resurrección de Osiris y caminado hasta el quiosco central y luego a la capilla de Isis. En ese momento, la figura que desde hacía rato permanecía agazapada tras la estatua de la Divina Madre se deslizó de su escondite e hizo una reverencia.

—¿Recibisteis mi carta, Vértice?

—Sí —respondió éste.

—Pues ahorradme que suplique por mi vida también en persona. Yo no soy una amenaza para nadie y menos para Pleamar.

Vértice era un sólo-Loo, un guerrero Loo hermafrodita, un gigante de enormes músculos carmesíes. Hijo de esclavos, aunque no tendría más de veinte años, hasta el momento ya había destacado en el ejército del Norte por su coraje e inteligencia. Recientemente se le había destinado a palacio, donde pronto demostró también su valía. De mirada torva y gélido semblante, siempre grave y circunspecto, el Rey, pese a creerle su más mortal enemigo, sintió hacia él desde el principio una irrefrenable simpatía, y habría lamentado que fuese aquel espía enigmático el que un día le quitase la vida.

—Ya lo sé —respondió el Loo—. Pero no sé hasta qué punto será posible complacerlos. Esta conversación y vuestra carta me causan más vergüenza que la que podáis imaginar. Sólo puedo deciros que, en la medida de mis fuerzas, nada os sucederá.

Vértice llevaba meses persiguiéndole por todo el sur, ora convertido en soldado del Rey, ora vestido como un guerrero del Uauat, vagando de un campo a otro de batalla, arrancando información a unos y a otros, sirviendo fielmente a Pleamar. Ajep, antes que temerle, le admiraba.

—No quiero morir, Vértice. He terminado de compilar a los clásicos de las diez primeras dinastías. ¡Cincuenta rollos de papiro! Nada de esos ingenios de lectura virtual. Encargaré que os manden una copia.

—La esperaré impaciente, mi joven amigo.

Abajo, los sacerdotes terminaron con sus ritos. Dudaron un instante; el Rey no había descendido aún de la terraza y no podían abandonar el recinto en procesión y cerrar los sellos de la cámara del dios. De pronto, se oyeron una voces quejosas, luego una orden seca del Visir del Sur. Los rezos y rituales recomenzaron. Vértice se acercó a la escalinata y espío las afectadas evoluciones de los servidores del dios de la guerra. El Visir dio un respingo al verle y volvió los ojos hacia otra parte; a su lado, Bakenkhonsu, que hacía



años había olvidado lo que era sorprenderse, le ofreció una sonrisa.

—Sabéis, mi Rey, ya no soy el hombre que antes era; durante todo este tiempo que os he acechado en la sombra, he dejado atrás la inconsciencia de la juventud, apenas sin darme cuenta, y con ella ha llegado el peso de las acciones.

El Loo comenzó a descender por la escalinata. Ajep, unos pasos tras él, parecía dudar, y miraba con nostalgia el kiosco que dejaba a su espalda. Tal vez pudiera regresar hasta él y sentarse a la sombra, olvidar el presente y pensar una nueva obra con que llenar las horas muertas. El tiempo se detendría y él podría vivir para siempre libre entre los rollos de papiro.

—Adelántate tú, Vértice, yo...

La sonrisa de su enemigo, su mirada desde aquellos ojos tan separados y autónomos, le devolvió a la realidad de sus obligaciones.

—Tonterías mi Rey, no más interrupciones —Vértice puso una mano en su hombro—. Vamos, alzada la cabeza, el pecho bien firme, que os vean abandonar el templo como lo que sois, un guerrero valeroso, hijo del mismo Montu, que todos recuerden el día que el buen rey Ajep visitó la ciudad de Iunu, el Pilar del Sur.

10

El escarabajo arrastró la bola de excrementos un poco más allá, camino de su escondite. Se detuvo, percibiendo alguna clase de peligro, sintiendo que junto al estanque había un gigante de carne, pero sintiendo también que, de alguna forma, no lo había. Dubitativo, el insecto reanudó la marcha. De pronto, sintió que una sombra entorpecía su paso; empujó con todas sus fuerzas, pero no pudo liberar su tesoro, aquella esfera donde se escondían sus crías y el alimento que iban a necesitar. Observó luego que la sombra descendía y se quedó inmóvil, esperando la muerte. Nadie le separaría de sus hijos.

Siptah aplastó al escarabajo con la punta de su sandalia espectral. Lentamente, se inclinó junto a la plataforma y derramó la redoma. Esperó. Nada. El Nlòplal seguía allí, insultándolo con su presencia. Intentó zambullirse en las aguas pero no pudo, una fuerza se lo impedía. Aquél era el lugar de su crimen, la causa de su condenación. Por fin liberado, todos los lugares de palacio le estaban permitidos, menos aquél.

Al otro lado, muy lejos aún para distinguirlos, vio a los jóvenes enamorados listos para su viaje en barca. Neny y Kamutef eran sus nombres. Siptah no había querido verles siquiera la cara. Aquello estaba tan mal...

Siptah se llevó un dátil a la boca y consiguió sentirse un poco más tranquilo.

—Bueno, qué le vamos a hacer.

Entonó en voz baja el primer sortilegio de la furia del viento y se alejó hacia el Paseo de las Palmeras.

Aquella mañana, luego que el vocerío de los príncipes, las nodrizas y la servidumbre se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaron su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos. Habían servido con el gran



Tutmose desde sus primeras campañas y ahora, orgullosos y ajados, se les permitía envejecer bajo la protección del Doble Palacio.

En la memoria quedaban los altos muros de Hetuaret, donde toda una generación de jóvenes mestizos había dejado la vida; quedaban atrás igualmente la dicha por la victoria y el entusiasmo del efímero instante en el que por fin el Rey pudo ceñirse las coronas blanca y roja del Alto y el Bajo País, unidos otra vez y para siempre. En la memoria a veces las cosas se visten con formas opacas, y no parecen las mismas de tantos ámbitos que no pueden ya recorrerse.

Tebi fue el primero en oír los gritos de socorro. Señaló en la lejanía aquella figura que braceaba impotente ante la furia del oleaje y a punto estuvo de aullar de emoción. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veintiún años, y Tebi tenía diecinueve y, tras una corta espera, al fin habían conseguido escapar de Hetuaret en un barco Keben. Su destino eran las soleadas tierras de los Keftiu, los habitantes de una pequeña isla donde estaban seguros que aquel pueblo de marineros sabría acoger a unos veteranos del Rey de Kemi, sus dos esclavos, y sus cofres repletos de riquezas. Tal vez no regresaran jamás a la tierra que les había visto nacer.

—¡Cuidado!

El oleaje había estado a punto de hacer volcar la nave. Definitivamente, el océano, el Gran Verde, no era manso como el río que les había visto nacer. Aquellas aguas eran como una víbora furiosa que agitase su cola para arrojarles al abismo de la oscuridad. Se prometieron que si salían de aquello, se repartirían lo que salvaran de su fortuna y regresarían a la Tierra Mestiza y al servicio de su Rey, que no deberían haber abandonado jamás.

El siguiente golpe partió la nave por la mitad y en unos instantes se vieron ellos dos y Senra flotando a la deriva encima de un gran pedazo de madera. Al único sirviente que se habían llevado en su viaje, un kemit que nunca les había infundido confianza, lo habían atado a uno de los arcones que debía guardar para evitar que escapase o que substraiese algo de valor. Oyeron sus gritos y luego vieron al muchacho hundirse con el baúl, intentando deshacerse de sus ligaduras.

—Ahí va nuestro oro —dijo Djoser, cariacontecido.

Entonces, el último cofre apareció flotando de la nada. Sin pensarlo, arrojaron del tronco en el que flotaban y auparon su tesoro. Sólo había sitio para dos hombres y el cofre. Senra fue el primero en darse cuenta que, si tomaban el oro, el tronco se hundiría. Sin decir nada, se desasió de éste y fue avanzando lentamente hacia las aguas.

—¿Qué hace, capitán? —inquirió Djoser, que era, de ellos dos, el que más apreciaba a su antiguo jefe.

—Estoy harto de huir de Constelación, de huir de mis obligaciones, de huir de mí mismo —musitó Senra, mientras se alejaba lentamente hacia el poniente.

—Sube al tronco, demonios, capitán. ¡Tiraremos el oro! —terció Tebi.

—¿A quién le importa el oro? Estoy cansado, amigos míos. La isla de los keftiu es la última habitada de nuestro mundo. Es un lugar desértico. Una rocalla y poco más. Más allá, en las siguientes islas o en la costa de más allá del Gran Verde, no encontraremos ni una brizna de vida. No sé si quiero vivir huyendo eternamente caminando por laberintos y desiertos. No sé si quiero vivir cuando no soy capaz...



La voz de Senra se quebró.

—El sol os hace desvariar —gritó Djoser, contemplando la figura que, cada vez más lejos, se hundía con la línea del horizonte—. ¡Volved aquí! ¡Rápido o no podréis ya regresar!

—Ya no puedo regresar. Hay algo en las aguas de este mar, y en los estanques del Doble País; algo que me llama para completar mi destino. Algo que...

Tebi y Djoser entendieron entonces que su antiguo comandante estaba ya tan lejos que no podría llegar al tronco de aquel árbol, aunque quisiera. Mientras la corriente se los llevaba, juraron que si ellos y su oro conseguían regresar a la Tierra Mestiza, por siempre jamás honrarían el sacrificio de Senra, aunque fuese fruto de la locura o de un exceso de cordura, que todos sabemos que es la misma cosa. En los años venideros, no faltaron ofrendas a su memoria en una estela de la ciudad santa de Abedju y prometieron que si algún día tenían la oportunidad de cruzarse con su descendencia, devolverían aquel sacrificio con el suyo propio, luchando hasta la muerte por proteger a su parentela si fuera preciso.

Senra, ¿qué buscabas bajo las aguas del Gran Verde?

Pero entonces su rostro se transfiguró en el de Kamutef, Segundo servidor de los Jardines, al que auparon de las aguas y subieron a la plataforma. Y Tebi y Djoser descubrieron que, de alguna forma, el destino acababa de llamar a su puerta.

—Neny, mi prometida... —consiguió articular el jardinero—. La barca de recreo... un golpe de viento y nos precipitamos al estanque. Ahora hay olas de varios metros. ¡No sé qué está pasando!

Entonces vieron la aerobarcaza vuelta del revés, golpeada por el oleaje. Ni siquiera tuvieron tiempo para interrogarse sobre el absurdo de un fenómeno semejante en el estanque del Rey. La muchacha se aferraba desesperada mientras la nave se hundía. A su lado, flotaba el cadáver de uno de los jardineros, que también había acudido en su ayuda.

Tebi y Djoser se lanzaron a las aguas. Mientras luchaban contra el encantamiento de Siptah, pensaban en Kamutef, la viva imagen de su jefe de unidad; algo en su interior les impelía a combatir aquella fuerza titánica que golpeaba el estanque, porque salvando a su prometida tal vez se redimiesen del sentimiento de culpa que arrastraban desde hacía tantos años y cumpliesen con la promesa hecha ante su jefe moribundo.

Pero como Senra tanto tiempo atrás, no regresaron.

11

Siptah contemplaba la escena desde el Paseo de las Palmeras. Había puesto una piedra más de su condenación eterna matando a otro jardinero. El noveno, pues en vida ya había dado cuenta de otros ocho de aquellos patanes. Y también estaban, naturalmente, Tebi, Djoser y aquella muchacha, Neny: once en total. Kamutef, el único que había sobrevivido a su encantamiento, resoplaba medio desmayado en el embarcadero. Los cadáveres de su amada, del barquero y de los dos Capitanes de la Guardia, flotaban en el estanque.

—Once cadáveres —susurró al viento con voz desmayada.



Le crujían las tripas. Se llevó otro dátil a la boca. De nuevo un sensación momentánea, mentirosa, de alivio. Nada le saciaba. Remolino había trasladado la Falsa Puerta al sótano de un almacén y hacía que le llegaran todos los días incontables ofrendas mágicas a su estela, disimulada en un cenotafio de Abedju. Así que sólo tenía que meter las manos en su talego y aparecían frutos secos, cerveza, o incluso una pierna de cordero, si era eso lo que deseaba. Pero su hambre no disminuía, nada podría detenerla.

—Kamutef. Pobre muchacho —susurró Siptah esta vez. Se fijó de nuevo en el estanque y contempló extenuado la barca, la joven muerta y los sollozos de su enamorado, hasta dejar que su mirada se llegase a los Nlòplales. Aquello era, sencillamente, imposible, ¿o no? Pensó en su sortilegio, en el jardinero Kamutef y en su rostro tan similar, idéntico al del gran rey Tao, a los de todos los varones de su sangre. ¿Por qué aquel Nlòplal y sólo aquél era inmune a su veneno?

—Kamutef...

Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero sólo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo.

Su propio sortilegio había formado el primer eslabón para aquella cadena de acontecimientos. ¿O no? ¿Y si, en realidad...?

Entonces, súbitamente, comprendió y se volvió por fin al sótano de su nieta, donde ella le esperaba para recibir cumplida información de lo sucedido. Siptah se fue pensando que aquel asunto, desde el principio, había sido demasiado para un pobre mago.

12

Invoco a dios para que sane mi locura, pues no hay a mis ojos más mujer que la única, la hermosa sin igual, la Reina... el rey Maatkare Pleamar, el que está unido Amón-Re.

Neheb acarició el rostro de su amada, que se había vuelto de lado en el lecho y murmuraba palabras borrosas desde alguna plácida fantasía del sueño. Y en sueños, cuando la amada esbozaba una sonrisa, su rostro se volvía aún más hermoso, como si la fantasía se volviera a sus ojos realidad.

Cuando la reina Pleamar se despertó, el amado, Neheb, permanecía aún a su lado, vigilante. Suspiró, acaso desaprobando su excesivo celo.

—¿Estás enojada?

—No, pensaba en ese terrible asunto del estanque, todas esas muertes. Hace años, todas las Loo nos bañábamos en sus aguas al amanecer, como hacían nuestros antepasados en Biwoses. Ahora esa costumbre se ha perdido, como tantas otras; y sin embargo parece como si todo el universo diese vueltas alrededor de sus aguas, al final siempre volvemos al mismo punto.

Afuera, comenzaron los rumores y el vocerío del Estilista y el Manicuro, discutiendo como siempre sobre sus oficios.

—Debes irte, amado mío. Ve por la puerta interior y darás al pasillo como si salieses de tus habitaciones. Entonces te haré llamar, y te dispensaré de tus obligaciones para el resto del día. Quiero que organices con tus mejores hombres la vigilancia del intruso Ajep y me mantengas informada las veinticuatro horas.



—Sí, mi Reina.

El amante se transformó de pronto en Mayordomo y se alejó del lecho, desapareciendo poco después por un pasadizo junto al arcón de los cosméticos. Pleamar esperó un tiempo prudencial y dio una palmada.

Entre su baño y el sacrificio matinal encontró un momento para su informador, Vértice, su espía personal. Aunque era un Loo del sur, un ser hermafrodita hijo de esclavos, la Reina sintió hacia él desde el principio una irrefrenable simpatía, y a estas alturas, disfrutaba ya de toda su confianza. Vértice tenía el don de despertar la simpatía de todo el mundo. Un don, en verdad, nada despreciable.

Lo vio entrar. Sus músculos escarlatas brillaban como rubies bajo la luz del mediodía y parecían tensarse como las cuerdas de un arco. Pleamar percibió que se le erizaba la piel y se obligó a pensar en Neheb. Pero pronto desechó esa idea de su corazón: una Reina no tenía tiempo para el amor. El placer, sin embargo, era algo tan inmediato, tan pasajero... era como disfrutar de un momento sin que jamás hubiera sucedido. De pronto, se dio cuenta que aquel razonamiento lo habría suscrito seguramente su propio padre, Hapu. Amparándose en él abandonó a Solsticio, la Gran Esposa Real y madre de Pleamar, por años enteros, encerrada entre sirvientes y falsas prerrogativas. Fueron todos aquellos menosprecios y desatenciones los que debilitaron su espíritu y se la llevaron a la otra orilla, prematuramente, apenas unas pocas Estaciones después que al Rey, su esposo.

El Loo esperaba inclinado con las manos a la altura de las rodillas.

—¿Dime Vértice, qué viste en el Pilar del Sur?

La voz de la Reina se había vuelto sombría como la noche, dura como la piedra, esquiva como la tormenta. El gigante pensó de pronto que tal vez, por uno de esos avatares de palacio que él apenas comenzaba a desentrañar, había caído en desgracia, y dobló aún más el espinazo, acentuando su reverencia y sumisión. Entonces, comenzó a relatar su informe: la conspiración de Bakenkhonsu y el rey Ajep, la presencia del Visir del Sur apoyando la causa del Rey, la presencia de otros notables de escasa influencia en la ciudad de Iunu.

Cuando terminó su relato, la Reina se inclinó para acariciarle su vientre cóncavo, y dejó que algunos de sus cabellos se enroscaran de sus dedos, e incluso, maliciosa, arrancó uno o dos mechones al azar. Luego se inclinó sobre el Loo y posó sus labios en los músculos tensos de su abdomen, resiguiendo lentamente con su lengua las formas redondeadas que aquel poderoso arco de rubí que, muy pronto, iba a tensarse para ella y atravesarla con su dardo mortal.

—Tu trabajo ha sido, como siempre, notable por su eficiencia, Vértice. Y serás recompensado como te mereces.

13

Neheb puso la mano sobre su RLV y éste se encendió: luego de una pausa en la que estuvo reflexionando sobre el tono que más convenía a sus intenciones, comenzó a hablar:



Yo, Neheb, decano del colegio de la SoGen y miembro del Consejo Dirigente, solicito que se me libere de mis cargos por razones personales. Asimismo, exijo que se me permita abandonar vuestra organización, cuyos principios, reglas y directrices no seguiré en adelante, sea cual sea el dictamen que se otorgue a ésta mi petición.

Que la sabiduría del Dios Bueno Pleamar guíe vuestros pasos.

Neheb, mayordomo real.

Una semana más tarde, mientras Neheb hacía sus abluciones matinales, condujeron a su presencia a un joven acólito de la SoGen, que se hincó de rodillas en su presencia. Cuando estuvieron a solas, reveló de viva voz el texto que le habían obligado memorizar:

—Precesin, rector de la SoGen, a Neheb, decano y miembro del Consejo:

»No voy a negar que esperaba una reacción semejante desde hacía tiempo. Te he visto alejarte de nosotros a lo largo de estos últimos años y sabía que detestabas aquello en lo que quisimos convertirte o, al menos, en lo que tú piensas que pretendíamos.

»Una vez te advertí sobre los peligros de revolverse contra la mano que te da de comer. Me parece que piensas que ya no nos necesitas y que esa mano ya no puede darte sustento. Tal vez estés en lo cierto pero no es menos cierto que tenemos agentes capaces hacerte caer en desgracia en cuestión de horas. Una joya real robada que apareciese convenientemente en tus aposentos, por ejemplo. Así pues, borra esa sonrisa cínica de tu rostro. Saldrás de la SoGen cuando yo lo diga, que será cuando hayas cumplido el último servicio que precisemos, que aún no sé cuál es y tal vez no lo sepa nunca. Hasta ese día, esperarás.

»Pleamar no ha subido al poder para hacer lo que quiera ella o lo que quieras tú, sino para servir a la causa común de la supervivencia de la Tierra Mestiza.

»Que la señora del cielo guíe tus actos y los liberen del caos.

Cuando el acólito terminó de hablar, Neheb le pidió que tomara asiento a su derecha. El muchacho se dejó caer pesadamente en un taburete que había colocado junto a la ventana. Dos robots domésticos contemplaban la escena posición de firmes. Cada uno a un lado de su amo.

—Supongo que podrás memorizar otro mensaje privado —dijo la serpiente—. Un mensaje sólo para los oídos del rector.

El acólito asintió.

—Muy bien, pues: escucha lo que he de decir.

De pie en el púlpito, frente por frente con los grandes del Consejo Dirigente, el joven acólito tragó saliva. En un primer momento, su rostro reflejaba una profunda turbación, pero a medida que las palabras flotaban, su voz fue cobrando el tono arrogante, de desafío, de la serpiente:

—Yo, el mayordomo real, a toda la escoria de la SoGen:

»No sé si recordaréis que fuisteis creados por la bruja Constelación a fin de desvelar el misterio de la procreación humana y Loo. ¿Cómo es posible que dos pueblos que no compartan especie ni género pueda engendrar descendencia?, se preguntaba la bruja. Y aún os hacéis la misma pregunta.



»Mientras estudié con vosotros, fui testigo de largas disertaciones sobre manipulación genética, sobre cómo los moribundos nos debieron modificar insertando nuevos genes en la hebra original del ADN. Cada vez que oía decir «debieron», «seguramente» se valieron de ese ADN recombinante para poner las bases de nuestra gran nación mestiza, me entraban arcadas. No sabíais nada entonces y nada sabéis ahora.

»Ése fue, sin embargo, vuestro primer fracaso. También elaborasteis pomposas y complejas hipótesis acerca de la causa por la que más allá del Gran Verde no hay y no puede haber vida. En las Tierras Baldías nadie supo encontrar una flor, un matorral o el más pequeño de los mamíferos. En todos estos años aún nadie ha descubierto por qué.

»Habéis experimentado con las Lithistas y ahora son unas putas que se venden a terratenientes para construir mansiones excéntricas.

»Habéis lanzado cohetes por todo el Doble País y hora decís que pronto pondréis un satélite en órbita. Como vuestros cohetes, acabará estrellado en el suelo. Si pensáis que alguna vez alcanzaréis la luna Tonutir y sus árboles de Nlôplal amarillo es que estáis todos completamente borrachos.

»Habéis construido un telescopio gigante con el que vais a descubrir quién sabe qué. Luego, como siempre, todo se quedará en agua de borrajas. Con vuestros ojos de insecto lo veis todo distorsionado y aunque os pasáis la vida estudiando la realidad, la veis desenfocada y nunca podréis entenderla.

»¿Y los fantasmas? En los jardines, en las mansiones, en todas partes se les ve sin que podáis dar una explicación satisfactoria porque nos sois capaces de dar una explicación satisfactoria a ninguno de los misterios de nuestro mundo. Así que me da igual con lo que me amenacéis. Sois unos inútiles y yo no quiero tener nada que ver con vosotros. Es todo.

»Abandono la SoGen con o sin vuestro consentimiento y como intentéis alguna cosa en mi contra yo mismo me encargaré de arrancaros, uno a uno, la piel a tiras.

»Que el Dios Bueno Pleamar os proteja de nuevos y aún más sonados fracasos, malditos idiotas.

14

Proteger. Prometió proteger al pequeño Kamutef, a su madre, Luminosa_nova. Ya casi había olvidado aquella promesa. Ella había enviado una misiva demandando su presencia en Ipu, donde el niño crecía a favor del viento, como un bastón torcido. Y él había acudido, naturalmente, y se había llevado al pequeño al Doble Palacio luego que la desgracia se abatiera sobre todos ellos. Lo hubiera hecho de todas formas.

Pero había pasado tanto tiempo que... quizás ya no pudiera seguir cumpliendo con aquella promesa.

El Maestro de los Jardines trajo toda la ropa de abrigo que encontró en la casa y, paciente, una tras otra, la desplegó sobre el cuerpo tembloroso de su sobrino. Luego se sentó a esperar a que la mañana regresase por fin. La pulmonía no le mataría pero sí la pena. En su delirio, Kamutef repetía sin cesar el nombre de Neny. Jeda había visto a muchas plantas morir faltas de luz y a muchos hombres ahogarse en su propia tristeza. En el fondo, era la misma cosa.



Al segundo día abandonó por fin el lecho de Kamutef. Vio que el enfermo se incorporaba y bebía unas infusiones que la cocinera había elaborado especialmente para él. Cuando se dio cuenta que nadie notaría su ausencia si no la prolongaba demasiado se retiró a sus habitaciones donde se cambió su faldellín, manchado de sangre. A veces, ni siquiera conseguía aguantarse la orina, y sentía la tibia glotonería de su enfermedad avanzar sin descanso.

El tercer día Kamutef comió un plato de garbanzos. Al atardecer salieron a la terraza y consiguió hacerle reír un par de veces recordándole el pasado, imitando sus gemidos, su miedo a los cocodrilos cuando de niño regresó de Ipu y por las noches le acosaban las pesadillas. Pero luego Kamutef reconoció el dolor que se escondía tras aquellos temores infantiles, recobró la sensación de pérdida terrible y volvió a invadirle la amargura y, más tarde, la melancolía.

El cuarto día vinieron a verle sus amigos, sus subordinados en los Jardines del Rey, y en medio de la jarana, los apoyos incondicionales, las palmaditas en la espalda, las bromas de compañeros, nadie se apercibió de que Jeda se retiraba, escupiendo sangre por la boca, vomitando sus propias entrañas.

El quinto día, presa de dolores insoportables, le comentó a su sobrino que le habían llamado de Palacio para un asunto que no admitía demora y salió antes del mediodía.

El Médico Jefe de la Ciudad Oriental miró a Jeda de reojo, como si no se atreviera a hacerlo directamente.

—La micción de un muchacho impúber, tal vez —dijo por fin, encogiéndose de hombros—. Eso dicen los libros.

—¿Serviría de algo?

Jeda no esperaba respuesta. El Médico Jefe y él se conocían hacía veinte años. Habían acordado que no le engañaría más allá de lo absolutamente necesario.

—¿Moriré, doctor?

—Todos hemos de morir.

—Oh, vamos...

—Podríamos probar con fumigaciones.

Hacía calor, ese calor pegajoso que resbala por la piel, empapa las ropas y nos deja reducidos a una masa de olores y transpiración.

—Os lo preguntaré de otra forma, doctor. ¿Algún paciente vuestro, con mis síntomas, sobrevivió mucho tiempo?

—La medicina Loo tal vez os ayude. Si queréis os recomiendo a un colega. Pero tenéis algo que ellos llaman cáncer y nosotros El-Que-Come-Las-Entrañas. La medicación tal vez retrase el final. Aunque no hay nada seguro.

Tal vez. No hay nada seguro.

—Doctor...



El final.

—¿Sí, Maestro Jeda?

—No quiero que nadie lo sepa. Ni familia, ni cortesanos, ni príncipes o Reyes —Jeda se expresaba con serenidad, con la serenidad que da saber que tu tiempo está contado y que se acaban por fin los padecimientos de este mundo.

—Pero, viejo amigo...

—Es mi voluntad.

Se levantó. Kamutef le esperaba en casa. Debía cumplir con su promesa y protegerle hasta que se le acabaran las fuerzas.

—¡Jeda!

Se volvió. El rostro del Médico Jefe ya no era el mismo, era un rostro cualquiera que hablaba y le robaba su tiempo, su precioso tiempo.

—Los libros de los Recitadores dicen también que esta enfermedad es causada por un Dios o un muerto que anida en el vientre del enfermo. Poneos en paz con vuestros difuntos. Tal vez el alma errante de un enemigo en vuestra propia familia...

—No tengo ahora tiempo para mis difuntos ni para engordar con ofrendas a los sacerdotes —objetó el viejo jardinero—, pero meditaré vuestras palabras.

Afuera, en la entrada de la consulta, esperaban otros muchos, nobles en su mayoría. Todos se sorprendieron de que no se detuviera a saludarlos, como exigían las buenas costumbres, y que el maestro de los Jardines del Rey se precipitara escaleras abajo como alma que llevan los demonios.

Tiempo para los muertos. ¡Bah! En pocos días los difuntos podrían disfrutar de todo su tiempo si así lo deseaban.

15

De vuelta a casa, encontró a su sobrino fuera de la cama, en la cocina, comiendo una torta de higos mientras ojeaba un viejo rollo de papiro de máximas morales que Jeda apenas recordaba y que estaba casi seguro de haber arrojado hacía años al fuego luego de comprarse una versión moderna en RLV. Se miraron largamente.

—Me reconforta mucho, tío, leer en los escritos de los antiguos que otros sufrieron las mismas penalidades o peores que uno mismo.

—En los libros todas las desgracias ocupan el espacio del universo, todo es desmedido e insalvable. El doliente cuando escribe está tan absorto en el ahora que elude al hombre en que se convertirá mañana, ese hombre que llorará por otro universo, tan desmedido e insalvable como el de otrora, que contemplará sin embargo algo menos absorto.

Kamutef desvió la atención de la lectura.

—¿Y el hombre del día siguiente?

—El hombre del día siguiente, hijo, será incapaz de llorar por el ahora, el dolor que sienta le reconfortará, pues le traerá recuerdos del hombre que era justo ayer, o antes de



ayer.

—¿Y por qué recordar el dolor, tío?

—Oh, el dolor es lo único que podemos recordar; la alegría viene y se va por sí sola, nunca podremos domeñarla. Ella camina siempre a su libre albedrío, casi siempre lejos de nosotros, nunca demasiado cerca.

El olor de una nueva hornada de tortas llenó la estancia y el mismo Jeda se animó a engullir unas cuantas ante la mirada afectuosa de la cocinera. Kamutef le acompañó y empezó a untar algunas con miel por la cara superior.

—Siempre os gustaron las palabras, tío. Sin ellas no podríais explicaros a vos mismo.

—Un día tú también tendrás necesidad de aclarar ante Kamutef el porqué de haber tomado éste o aquel otro camino. Las palabras, entonces, serán también buenas amigas tuyas.

—¿Y cuándo llegará ese día?

—Cuando los otros caminos, aquéllos que abandonaste, vengan a llamar a tu puerta.

Kamutef negó con la cabeza.

—Yo no abriré la puerta a visitantes tan rencorosos y desagradecidos.

—Ah, no creo que les preocupe. Tardarán poco en echarla abajo.

Poco después, dieron por terminada la conversación y marcharon con los azadones a desbrozar las malas hierbas que crecían junto a la entrada de la casa. Como si fuera un niño recién venido de la ciudad de Ipu, atemorizado por los cocodrilos y perdido en esa gran isla que eran de los Jardines del Rey, su tío le dio las primeras clases magistrales, le habló de preparar el terreno para su cultivo, removiendo y haciendo aflorar el fondo para luego desmenuzarlo y dejar la tierra cubierta de las sustancias más ricas; le habló también del acolchado, esa capa de hojas con la que se cubre el suelo para acumular humedad; del aporcado, ese montículo que da forma el jardinero alrededor de la base de la planta para protegerla de la lluvia y el viento.

Por fin, le llegó el turno a las malas hierbas, y hablaron de cómo distinguir las plántulas perniciosas de las que deseaban que prosperen, de que a veces podrán salvarlas eliminando de forma selectiva al enemigo, pero que tendrán que acostumbrarse a usar la azada y destruirlo todo cuando sea necesario.

Se fueron a dormir de madrugada.

A la mañana siguiente, Jeda amaneció muerto, ahogado en su propia sangre. La servidumbre avisó inmediatamente a Kamutef, pero éste, lejos de parecer afligido, adoptó un rictus frío y distante, como si nada pudiera ya importunarle; pasadas unas horas, cuando vinieron a llevárselo los funcionarios del Lugar del Tránsito para acondicionar su cuerpo para el viaje, Kamutef descubrió que era incapaz de emitir el más pequeño lamento, no tenía más espacio en su alma para el dolor, y que se alegraba de que él y su tío hubieran pasado al menos aquella última jornada juntos, desbrozando las malas hierbas y acercando sus corazones.

Vagando por la casa, tal vez a la búsqueda de recuerdos, vio reflejarse en un espejo de cobre la imagen de su tío. Se revolvió, pero no había nadie a su lado, a su espalda, en



derredor. Se acercó al espejo y vio de nuevo el reflejo de Kamutef, reflejo que había confundido con el Jeda que vino al entierro de su padre o a buscarle a su aldea cuando niño. Los labios resecos, el rostro ovalado y taciturno, algunas canas, no muchas, brillando en el cráneo afeitado muy corto, aunque no al cero.

De pronto, rompió a llorar, sin saber porqué, inexplicablemente, tan inexplicablemente como todo el rato que llevaba sin hacerlo. Sintió unos brazos fuertes que le rodeaban. Eran los brazos de su tío. Sintió unas lágrimas negras y ardientes resbalar por sus mejillas. Sintió que el mundo había dejado de tener sentido, como si las Montañas del Amanecer y del Ocaso hubieran dejado de sostener la losa de los cielos.

—Yo no entiendo de personas, sólo de lotos, granados, nenúfares y acacias. Ellos hacen mi vida pequeña, previsible y exacta, lejos de este mundo de hombres, lejos de este mundo... —Jeda, desde el fondo de su alma, lloraba con él, y juntos podrían haber ahogado al Gran Río—. Dime, ¿qué debo hacer para sanar nuestro dolor?

(Continuará...)

© Javier Cosnava

JAVIER COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), escritor y guionista. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante Toni Carbos y suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuks). Otras obras de Cosnava son el álbum de cómic: *Un buen hombre* (Ed. Glenat, 2009); su primera novela: *De los demonios de la mente* (Ilarion, 2009); el álbum de cómic *Prisionero en Mauthausen*, (Ed. De Ponent, 2011); la novela de corte fantástico: *Diario de una adolescente del Futuro* (Ilarion, 2010). Y recientemente la novela *1936Z LA GUERRA CIVIL ZOMBI* en Suma de Letras que está teniendo un éxito rotundo.



POESÍAS

EN EL FINAL Y OTROS POEMAS

por Esteban Moscarda

La historia del fin del mundo en pocas palabras llenas de poesía, tragedia y muerte; pero al final, la esperanza de surgir nuevamente como el ave fénix de entre las cenizas, en un mundo nuevo y feliz. El poeta derrite la niebla y aterriza sin alas con el polvo de estrellas olvidadas.

EN EL FINAL

Los muros marchitos son lo único que quedó
Lo demás es del viento
Y del polvo y de la noche total.
Qué cantar cuando el sonido es silencio,
Qué amar cuando la vida es un cadáver
Y los prados ya no tienen caras de jade
Y el vino ya se apagó como el sabor que solía
Provocar.
El cemento roto persiste,
La vida quiere recuperar su coraza verde
Pero se enreda en los lazos del final,
Se aturde
Con el último orgasmo de la Tierra...

HIPERESPACIO

Atravesar un puente Einstein-Rosen
para encontrar el cadáver de tu historia
flotando en los sótanos
del alma del mundo.

ROBOTS

Pisar las cabezas de los robots,
Como una mariposa electromagnética
Sobrevolando los páramos de la urbe.
Escuchar las letanías que repiten
Como un mantra
De bytes ajenos, downloaded.
No son sus ojos, no son sus palabras.
Ellos son hablados



Por la fábrica que los creó,
Que los ensambló en una cadena fordista,
Toyotista, postcapitalista.
Pisar sus cabezas es como
Navegar el barro
Que fundamenta sus circuitos.

CAÍDA

Volar,
Luego caer.
Encender atmósferas,
Limar nubes,
Ser la daga que intenta herir
La Tierra.
Antes subir,
Quemar el espejo
Y derretir la niebla
De tu propia choza.
Caer
Y aterrizar sin alas
Con polvo
De estrellas olvidadas.
Planear caminos,
Imperios, guerras,
Titanes que caen,
Dioses que se levantan,
Charcos de sangre,
Espinas de acero,
Lágrimas, dulces lágrimas
De los que están derrotados.
Y entonces, la lluvia.
La lluvia en un campo de jade,
La lluvia y su alma de agua
Probando la cara de una niña
Que es como un hada de Dios.
Y la comida y el vino
Como ofrendas al cielo,
Al ser que cayó del espacio,
Vestido de hierro,
Vestido de odio,
Que porta la muerte
Del pasto, de las caras,
De la lluvia, de los imperios,
De los dioses, los titanes,
La vida, lo sagrado.
Caer
Y olvidar lo que te hace humano.



Caer
Y entonces nacer,
De nuevo,
Más allá de todo,
Más allá del acero
Y del odio.

© *Esteban Moscarda*

ESTEBAN MOSCARDA nació el 4 de octubre de 1983 en la ciudad de Buenos Aires. Forma parte del colectivo Heliconia, en cuyos blogs se publicaron la mayoría de sus textos. Ha resultado finalista del III Certamen Internacional de Poesía Fantástica miNatura 2011 y del X Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2012 . Se declara siempre finalista, nunca ganador.



TRES FRAGMENTOS DE SUEÑOS

por Carlos Enrique Saldivar

Poesías con un ritmo rápido y alegre, de sueños sensuales aunque lejanos, entre los planetas, persiguiendo la luz de su secreto, y las estrellas que le sonrían, en otros mundos en otras sensaciones, en otros espacios.

1

Atrapado en un espiral de deseos
un hombre sueña el sueño de otro
ávido de oscilaciones
infrecuentes
y una alegría
desmesurada
solo en el sueño
nada más en el sueño
es uno aquel hombre
el que sueña
y el soñado
otro no podría ser.
El primero se agita
en alternación con su narcisismo
durmiente
piensa que podría ser él mismo un pensamiento
el pensamiento es de él
el que es soñado por el otro
y ocupará su lugar
al desencajarse de
su jocundidad
producto de una imaginación
desmedida.

2

Arde con gran tesón la mosca
de fuego
encendidas auroras huyen de sus hálitos
persigo al gigantesco insecto
por planetas dispares
persigo la luz de su secreto
durante años de años de años de años
no duermo



zumbo siempre tenaz
e
imperecedero.
La sigo y la alcanzo cuando
sobre la séptima luna
descansa
dentro de un cráter.
He llegado
monto veloz entonces al insecto de fuego
y
por no pensarlo dos veces
¡me quemó!

3

Desde el fin
tan citado por imposibles poetas desmesurados
cuyos cerebros han traído horizontes enteros
de planetas no soñados aún.
Pensamientos.
Discordantes infinidades he construido
para vivir siempre
llorando por odios perdidos
eliminando amores vacíos
que nada tienen que ver conmigo mismo
podrían
servir de algo en estas lagunas de mares complejos.
Este canto atmosférico
es un canto elegíaco
trata de un ser que descansa sobre la capa
de ozono
y poco a poco la devora antes de caer
cuenta sobre los que desolan la dureza de
los llorones suelos
que no alcanzo a ver porque soy ciego
confesaré pues el huracán de un secreto:
estoy hambriento.
Terminaré pronto de aumentar el volumen
de mi panza planetaria
que contiene ascos insuficientes
que ha probado mieles sin dulce
y ha aumentando la inopia de una desilusión
que no puede ser expresada en lenguaje terrestre.



Mi cuerpo acorchado se ensancha
más cada vez
y mucho mejor cada día
mi nombre es carestía
insania esponjosa
mi nombre es Con
Tanta Minación
la pasmosa visión de un ALGO
algún fluido negro
—ultravioleta—
el cual te envenenó.

© Carlos Enrique Saldivar

CARLOS ENRIQUE SALDIVAR (Lima, 1982). Estudió Literatura en la UNFV. Es director de la revista impresa *Argonautas* y del fanzine físico *El horla*, además es miembro del comité editorial del fanzine virtual *Agujero Negro*, todas publicaciones dedicadas a la Literatura Fantástica. Ha publicado reseñas, artículos, poemas y relatos en diversos blogs y revistas. Cuentos y poemas suyos han aparecido en algunas antologías peruanas e internacionales. Ha sido finalista de los *Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011* en la categoría: relato. Ha publicado los libros de cuentos *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010) y *El otro engendro* (2012). Compiló la selección *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011). E-mail: fanzineelhorla@gmail.com. Blog: www.fanzineelhorla.blogspot.com



ARTÍCULOS

LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX (Y 4) WALDEN DOS

por Pé de J. Pauner

Walden Dos es un libro al viejo estilo de la CF, una fuerte y clara base científica en el que la historia sirve para presentarla, en este artículo Pé de J. Pauner nos introduce en ambos aspectos y nos queda la urgencia de correr a conseguir una edición de esta utopía.

Título Original: *Walden Two*.

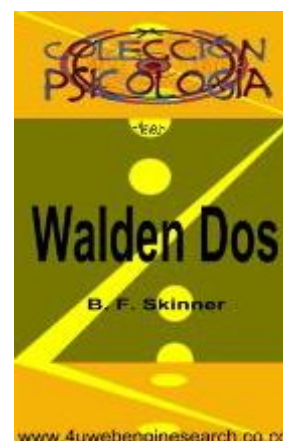
Autor: Burrhus Frederic Skinner.

Año de Publicación: 1948.

Género: Utopía.

Propuesta: Una sociedad perfecta alcanzada mediante el control de la conducta.

Elementos científicos o tecnológicos: Psicología conductista radical.



A la manera de la *Utopía* de **Tomás Moro**, *Walden Dos* repite muchos de los tópicos clásicos de aquella: el acceso a la nueva sociedad es franqueado a través de un viaje y por éste se da el asombroso descubrimiento de una inédita forma de vivir, aunque en este caso, la frontera con el paraíso de los psicólogos conductistas se encuentra casi a la vuelta de la esquina y se llega a ésta en autobús y atravesando un puente: borrosa reminiscencia de los accidentes geográficos o fronteras inaccesibles que bordean la mayoría de las utopías, acaso porque **Skinner**, su autor, consideraba que era la más realizable de esta forma de pensamiento.

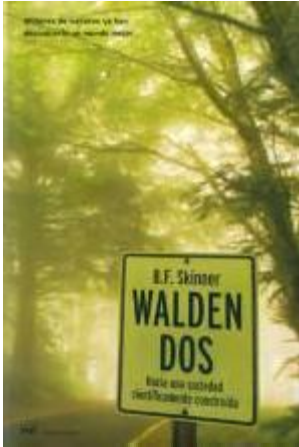
Y como veremos, tal vez haya tenido razón.

Pero ¿dónde se sitúa *Walden Dos*? Si el *Mundo Feliz* de **Huxley** estaba en Londres, las oscuras elucubraciones de 1984 se desarrollaban en Oceanía, **Bradbury** nos pasea por una distopía que se extiende, tal vez, al mundo entero y los deseos verdes de *Ecotopía* se extienden por un país nuevo surgido de los Estados Unidos, no se dice nunca, a ciencia cierta, en qué lugar ha surgido este segundo Walden. Si bien sabemos que está en algún lugar de los Estados Unidos, su imprecisión geográfica es esencial. El protagonista, el profesor Burris, simplemente llega ahí, invitado por el fundador de la utopía, Frazier, antiguo compañero de escuela al que le interesaban las comunidades utópicas norteamericanas del siglo XIX (**Skinner** señala en un prólogo de 1976 que había leído *Freedom's Ferment*, libro de **A. F. Tyler**, sobre los decimonónicos movimientos perfeccionistas en los Estados Unidos) en especial la *Walden* de **Henry David Thoreau**, de la cual hablaremos más adelante.

En aquel tiempo, Frazier vivía en un Estado colindante, a unos 300 kilómetros



de distancia. Las señas decían: «Walden Dos. R. D. 1, Canton».

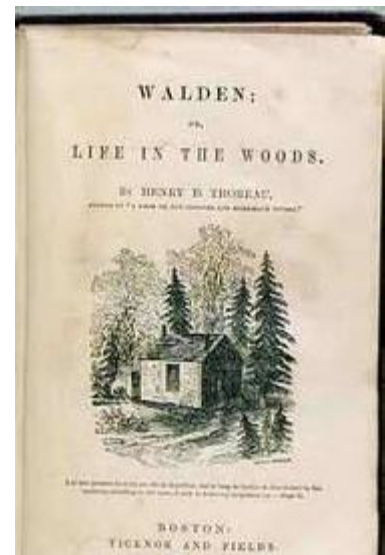


Pero nunca se nos aclara cuál es ese estado. Quizá sea ésta, necesariamente, la frontera entre *Walden Dos* y nuestra realidad: **Skinner** apuesta por el surgimiento silencioso de la misma en este mundo, sin tanta publicidad o, nos sugiere, está ya sucediendo.

Aunque parezca extraño, después de una atenta lectura de *Walden Dos*, debemos entenderla como la utopía más plenamente científica de las escogidas para este análisis a pesar de su lentitud y su superficie expositiva. Esto es debido a que **Skinner** fue un connotado científico en el campo de la psicología experimental y sabía muy bien qué terreno pisaba.

Es, pues, el teorema literario de toda una investigación comprobada en el laboratorio para demostrar su aplicación en la vida real.

Existe una concordancia directa entre esta obra y la posterior *Ecotopía* de **Ernest Callenbach**, que puede pasarse por alto. **Skinner** influyó con este libro en muchas de las actitudes de los hippies de las décadas siguientes (sobre todo en el abierto rechazo de la moda y en la vida en comunidad como seno materno para criar a los hijos en conjunto) y sería de las actitudes juveniles de este grupo del cual emergerían los fundamentos mismos de la *Ecotopía* de **Callenbach**. **Skinner** alude con el nombre de su comunidad utópica al *Walden* de **Thoreau**, ese ensayo-meditación-diario (cuyo nombre completo es *Walden, o mi vida entre Bosques y Lagunas*) que emprendiera el filósofo del Siglo XIX a manera de experimento natural, al retirarse a los bosques que bordean el lago Walden, en Massachussets, y a su supuesta actualización desde la disciplina de **Skinner** que es la psicología aplicada.



Thoreau, como miembro del movimiento trascendentalista, creía en la naturaleza como una entidad superior al ser humano y en el animismo de las cosas, elementos que, en parte, se presienten en la *Hipótesis Gaia* como nuevo paradigma de la ciencia de la ecología y el ecologismo impregnado de *new age*.

Un pasaje del prólogo es significativo: *Analícese las siguientes propuestas económicas. La primera corresponde al Walden de Henry David Thoreau: al reducir la cantidad de bienes de consumo, reducimos el tiempo que dedicamos a un trabajo ingrato. La segunda parece afirmar lo contrario: todos debemos consumir al máximo a fin de que todos tengan su puesto de trabajo. Yo tengo a la primera por la más razonable, pese a que la segunda sea defendida hoy en día por mucha gente. Skinner ataca el capitalismo a ultranza (y si viviera hoy defendería con mucha mayor razón su punto de vista) pero se sentiría orgulloso de que obras surgidas de su pluma hayan tenido su dosis de aplicación práctica en la realidad como las ecotopías que muchos activistas están concretando en el borde mismo del capitalismo, sistema económico que en alto grado es el culpable del deterioro ambiental; por esto, no sorprende leer, en el capítulo 8: *Los créditos de trabajo son una especie de dinero. No son monedas ni billetes; sólo entrada en un libro de cuentas. Todos los productos y servicios son gratis.**



Temas como la educación, el trabajo y el ocio y la libertad son tratados en la obra de forma fundamental a través del recorrido por el territorio y edificaciones de la utopía.

Walden Dos, pues, comienza con una invitación y el profesor Burris acude al llamado de Frazier, ambos alter egos de **Skinner**, y será Frazier, el anfitrión y el guía, que le llevará a él y a otros visitantes (al profesor Castle, que estará siempre poniendo en entredicho las maravillas de *Walden Dos*, a Rogers y su novia Bárbara, a Janmik y Mary) a través de esta sociedad perfecta. En el capítulo 13 sabremos cuál es la base de esta sociedad científicamente construida:

En un momento, cinco o seis niños vinieron corriendo a las salas de juego, entraron en los cuartos de baño, y se vistieron. La señora Nash nos explicó que se los iban a llevar de paseo.

—¿Y los niños que no van? —dijo Castle—. ¿Cómo se defienden contra el «monstruo de ojos verdes»?

La señora Nash, confusa, no entendió.

—Celos, envidia —explicó Castle—. ¿No se sienten tristes los que se quedan?

—No lo entiendo —dijo la señora Nash.

—Y espero que no lo intentes comprender —dijo Frazier con una sonrisa—. Mejor será que sigamos adelante.

Nos despedimos e hice un esfuerzo por dar las gracias a la señora Nash, pero ella también acogió mis palabras con perplejidad y Frazier frunció el ceño como si hubiera cometido la violación de una norma de buen gusto.

*—Creo que la extrañeza de la señora Nash —dijo Frazier mientras salimos del edificio— es prueba suficiente de que nuestros niños rara vez son celosos o envidiosos. La señora Nash tenía doce años cuando se fundó *Walden Dos*. Era ya un poquito tarde para deshacer su educación anterior, pero, a pesar de ello, creo que lo hemos logrado. Ella es un buen ejemplar de lo que produce *Walden Dos*. Quizá podría aún recordar alguna experiencia de envidia, pero es evidente que ya no forma parte de su vida presente.*

Los visitantes han hecho un alto en su recorrido por la utopía para visitar las viviendas de los niños de uno a tres años. La educación de *Walden Dos*, por tanto, está programada y es ésta la razón de ser de su sociedad. Más adelante, en el mismo capítulo, puede leerse: *las emociones son inútiles*. En realidad, lo que **Skinner** ha creado sobre el papel, es una *Caja de Skinner* gigantesca. Se había vuelto famoso después de la Segunda Guerra Mundial cuando anunció los resultados de sus experimentos con palomas y ratas a las que colocaba dentro de una cámara diseñada de tal forma que, de acuerdo a un entrenamiento que llamó «condicionamiento operante», recibieran castigos o recompensas tras ejecutar los comportamientos que se les había enseñado. Él mismo aplicó sus técnicas a sus hijos para desarrollar la parte creativa de cada uno. En 1971 publicaría una obra científica en la que expondría su método educativo, *Más allá de la libertad y la dignidad*, en la que postula un *condicionamiento controlado masivo* en la consecución de la felicidad humana.

Hacia el capítulo 27 de *Walden Dos* asistimos a la llegada de más visitantes a la utopía. Descienden de autobuses, los que les reciben les abrazan. Frazier señala, *quitan-*



do importancia al asunto con toda intención, que son los pioneros de *Walden Seis*, y que pasarán una tarde de domingo con ellos.

Al final, Burris regresa a su vida normal pero medita sobre esta comunidad y *la posibilidad de construir un sistema de vida satisfactorio, disminuyendo al máximo posible los contactos con el gobierno, pues la democracia nace del despotismo*, y en esta sociedad la felicidad es dosificada, la libertad está controlada a través de una conducta determinada y la élite gobernante la forman los sabios del conductismo. Burris vuelve a *Walden Dos*. Atraviesa el puente. Piensa en quedarse y en todas las recompensas que le ofrecerá esta nueva forma de existencia. Tendrá tiempo para leer las novelas que siempre ha querido leer. Podrá, incluso, practicar la técnica del Clavicordio Bien Templado que siempre le ha interesado (proyección de los intereses del mismo **Burrhus Skinner/Burris**). Mira hacia *el Trono*, un mirador desde el que se domina todo *Walden Dos*.

No había nadie. Pero vi los rasgos queridos de Walden Dos extendidos ante mí, igual que los había recordado, una y otra vez, en mi peregrinación. Y respiré profundamente de satisfacción.

Frazier no estaba en su cielo. En el mundo, todo marchaba bien.

En 1973 siete personas, entre las cuales se encontraban psicólogos conductistas, fundan la *Comunidad Los Horcones* (una *Comunidad Walden Dos*) en las afueras de la ciudad de Hermosillo, en el estado de Sonora, México, basada en *el análisis experimental de la conducta y su filosofía, el conductismo radical*, no inspirados en la novela, sino en los estudios del conductismo. **Skinner**, que acostumbraba pasear en las inmediaciones de Walden Pond desde cuyas orillas **Thoreau** escribió la primera *Walden*, fue visitado por los fundadores de esta comunidad en ese mismo lugar emblemático.

Para **Skinner** la imprecisión territorial de *Walden Dos* tenía ya un punto geográfico perfectamente establecido y podía morir feliz.

© Pé de J. Pauner

PÉ DE J. PAUNER (Tuxpan, Veracruz, México, 1973). Narrador, ensayista, performer, crítico de cine y arte, activista y biólogo terrestre (en este caso firma sus artículos como Pedro Paunero). Autor de *Labe-llum* (novela erótica). Fundador de Arco Iris, a. e. (asociación ecologista). Ganador de premios de cuento breve. Ha participado en antologías mexicano-catalanas, australianas y latinoamericanas.



AVATAR: UN CLÁSICO DEL CINE DE CF

por Antonio Mora Vélez

Antonio Mora Vélez nos presenta en pocas y concisas palabras una película que ha dado mucho que hablar y no sólo en los escenarios cinematográficos ya que como él mismo dice, esta película se puede ver, disfrutar e interpretar en varios y complejos niveles.

A *Avatar*, del director de cine **James Cameron**, es la película más taquillera de la historia y estuvo a punto de ganar el Oscar como la mejor producción cinematográfica de ese año por las siguientes razones: Primero porque fusiona, con la mejor y más moderna tecnología, las imágenes de escenarios naturales y actores reales con escenarios y actores producidos con la magia de la animación por computadora. En segundo lugar porque la producción recupera, mejorado con la tecnología digital de hoy, el formato de 3D¹ que proporciona una mejor fidelidad de la imagen y un realismo que nos hace casi participar como testigos presenciales de la acción que se desarrolla en la pantalla. Y en tercer lugar porque la trama reviste de una gran actualidad como lo veremos al final de este artículo.



En *Avatar* una gran potencia que ya domina los viajes interestelares, los Estados Unidos, decide desalojar de su hábitat a una raza inteligente que vive en un planeta llamado Pandora, para ocupar su territorio y explorar en él ricos yacimientos de un mineral estratégico y de alto valor comercial. Los aborígenes de Pandora, llamados los Na'vi, viven en sana paz con la naturaleza, a la que veneran y cuidan como su más preciado tesoro cultural. Y no entienden, por ello, porqué se les perturba y porqué unos extraños pretenden desalojarlos de su gran árbol, lugar en el que han forjado su civilización.

Para lograr sus propósitos, los terrícolas del Imperio invasor, crean dobles de los altísimos habitantes de Pandora –tres metros de estatura aproximadamente– pero con la mente en blanco para que sean utilizados por seres humanos² en labores de inspección del planeta –que tiene una atmósfera amoniacal irrespirable– y de indagación de las costumbres y principios religiosos de los na'vis para utilizar dicha información en la estrategia de guerra que han diseñado. Pero ocurre que uno de los hombres escogidos para esta tarea de manejar un cuerpo na'vi, se enamora de una nativa y se pone al frente de la lucha de defensa de los pandorianos, de su territorio y de sus riquezas, razón por la cual al

¹ Digo recupera porque la 3D es vieja. La primera película en tercera dimensión (3D) que yo disfruté, la proyectaron en el cine Don Pepe de Calamar (Bolívar) en el año 1953.

² Esta idea de la utilización de un cuerpo humano por la mente de otro la toma **James Cameron** del cuento *Call me Joe* (*Llámame Joe*, 1957) del escritor norteamericano de CF, **Paul Anderson**. En el relato de Anderson un humano entra en el cerebro de un pseudojoviano –también creado artificialmente– para poder cumplir las tareas de la expedición terrícola en Júpiter. Al final resulta, como en la película de **Cameron**, que el humano queda más conforme con el cuerpo ocupado y con el planeta explorado, entre otras razones porque en él ya no es un lisiado como en *La Tierra*, igual que el personaje de la película *Avatar*.



final termina abandonando su cuerpo humano imperfecto –era inválido de sus piernas– y residiendo en el cuerpo na`vi que le fue adjudicado –o sea, en su avatar–, y convertido en uno de ellos.

Al final de la película no solo los seres inteligentes de Pandora sino los animales y las plantas toman partido en defensa del planeta y logran desalojar a los invasores que llegaron con el objetivo de apoderarse de sus riquezas naturales. El momento culminante del filme es justamente cuando los animales terrestres y voladores entran en acción y salvan a los nativos de una derrota que se veía venir por la superioridad militar de los invasores. Tal situación es posible porque, según el creador de Avatar, todos los seres vivos de Pandora se comunican entre sí por medio de una red de sensores que semejan los nervios del cerebro humano y bastó un llamado del personaje central de la historia al árbol que transmite los mensajes a la divinidad para que todo el planeta como un solo ser vivo respondiera a la agresión.

La ciencia-ficción es un género que permite trasladar la acción a otros escenarios ubicados en planetas y épocas distantes y manejar de ese modo los problemas de mayor actualidad de La Tierra. Con ese procedimiento llamado extrapolación, los autores de ciencia-ficción podemos hacer crítica social y política sin nombrar a los actores reales del conflicto que inspiran nuestro argumento. Del mismo modo que **George Orwell** criticó la concentración de dinero y poder en la sociedad de su tiempo, **Ray Bradbury** criticó toda forma de totalitarismo y **Walter Miller Jr** señaló la estupidez de la guerra, **James Cameron** en el cine lo hace ahora con el afán de apoderarse de los recursos energéticos ajenos que caracteriza a la sociedad contemporánea. A nadie escapa que Pandora, el hermoso planeta de Avatar, es Irak y Afganistán hoy y puede ser Venezuela mañana: objetivos de una gran potencia que desea apoderarse de sus fuentes de energía utilizando cualquier pretexto.

Pero en *Avatar* hay algo más, el filme es una oda al triunfo de un pueblo inferior en fuerza militar y tecnología pero convencido de su derecho y de la justeza de sus ideas, pero sobre todo, compenetrado con su tierra y todas sus formas, con los seres vivos que la pueblan y con los espíritus que la animan. Tal y como ocurrió en Vietnam, en *Avatar* las tropas de los Estados Unidos de ese futuro hipotético pero seguramente deseado por sus dirigentes, tuvieron que abandonar el planeta, humillados y vencidos, y vigilados por los soldados na`vis, que **Cameron** muestra esbeltos y altivos, como para que no quede duda de sus simpatías por ellos. Es, como les decía al principio, la gran carga ideológica, el gran mensaje político de la película.

James Cameron es uno de los grandes directores de cine de nuestro tiempo. Con solo dos películas: *Titanic* y *Avatar*, ha entrado de lleno en el salón de la fama de la cinematografía. Y con la última, no sobra agregar, ha cimentado más la unión del cine y la ciencia-ficción, una unión que se inició en 1931 con **Frankenstein** –el filme de **James Whele** basado en la novela homónima de **Mary Shelley**–, unión que ha sido beneficiosa para ambas modalidades estéticas y que puede mostrar una buena cantidad de películas famosas que se cuentan entre las grandes realizaciones del cine universal.

© Antonio Mora Vélez

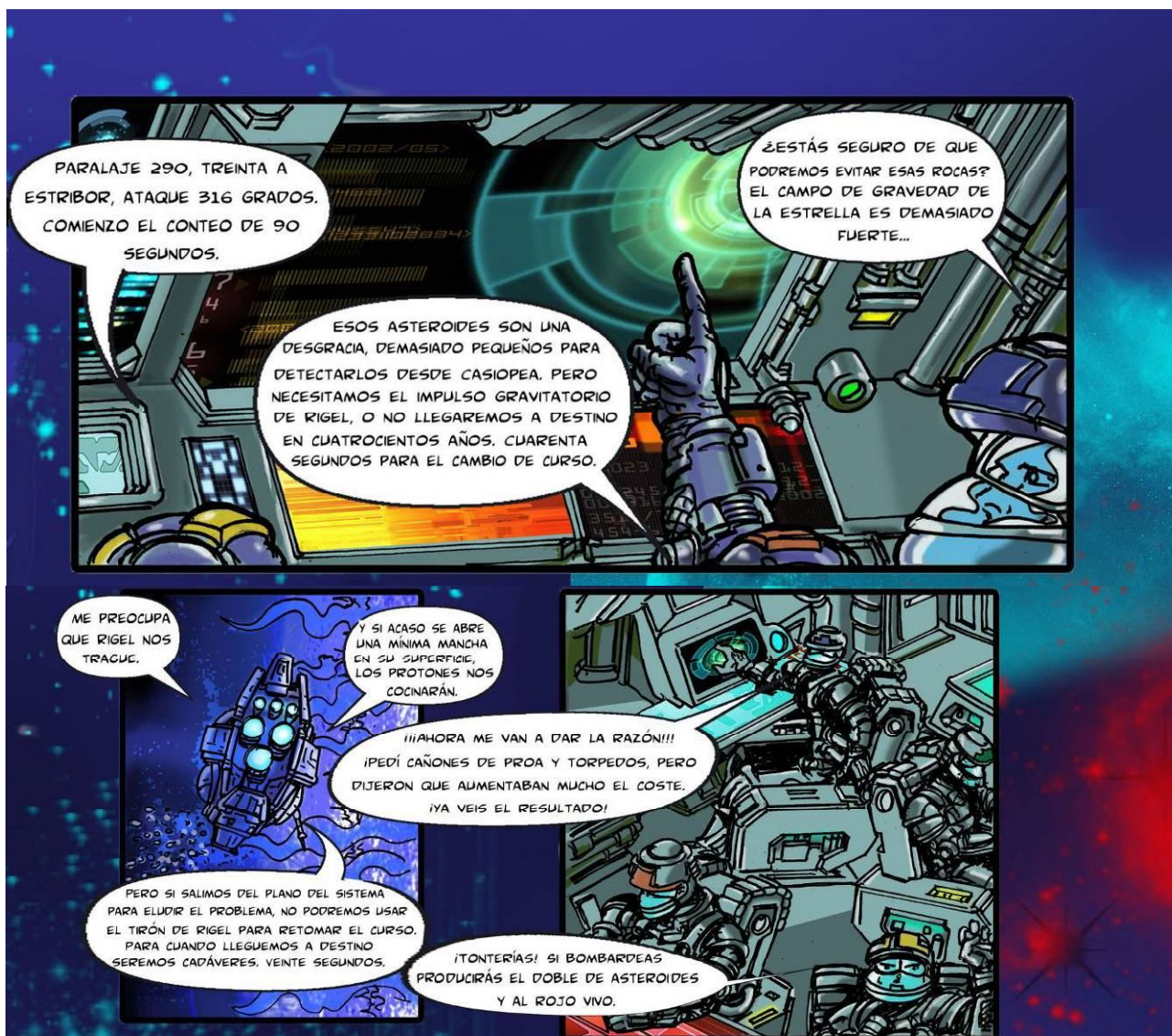
Nació en Barranquilla (Colombia), el 14 de julio de 1942. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: *Glitza; El juicio de los Dioses; Lorna es una mujer*. Ciencia-ficción: *el humanismo de hoy*, *Ensayos*; y los poemarios *Los caminantes del cielo, El fuego de los dioses y Los jinetes del recuerdo*, en la web.



CÓMIC

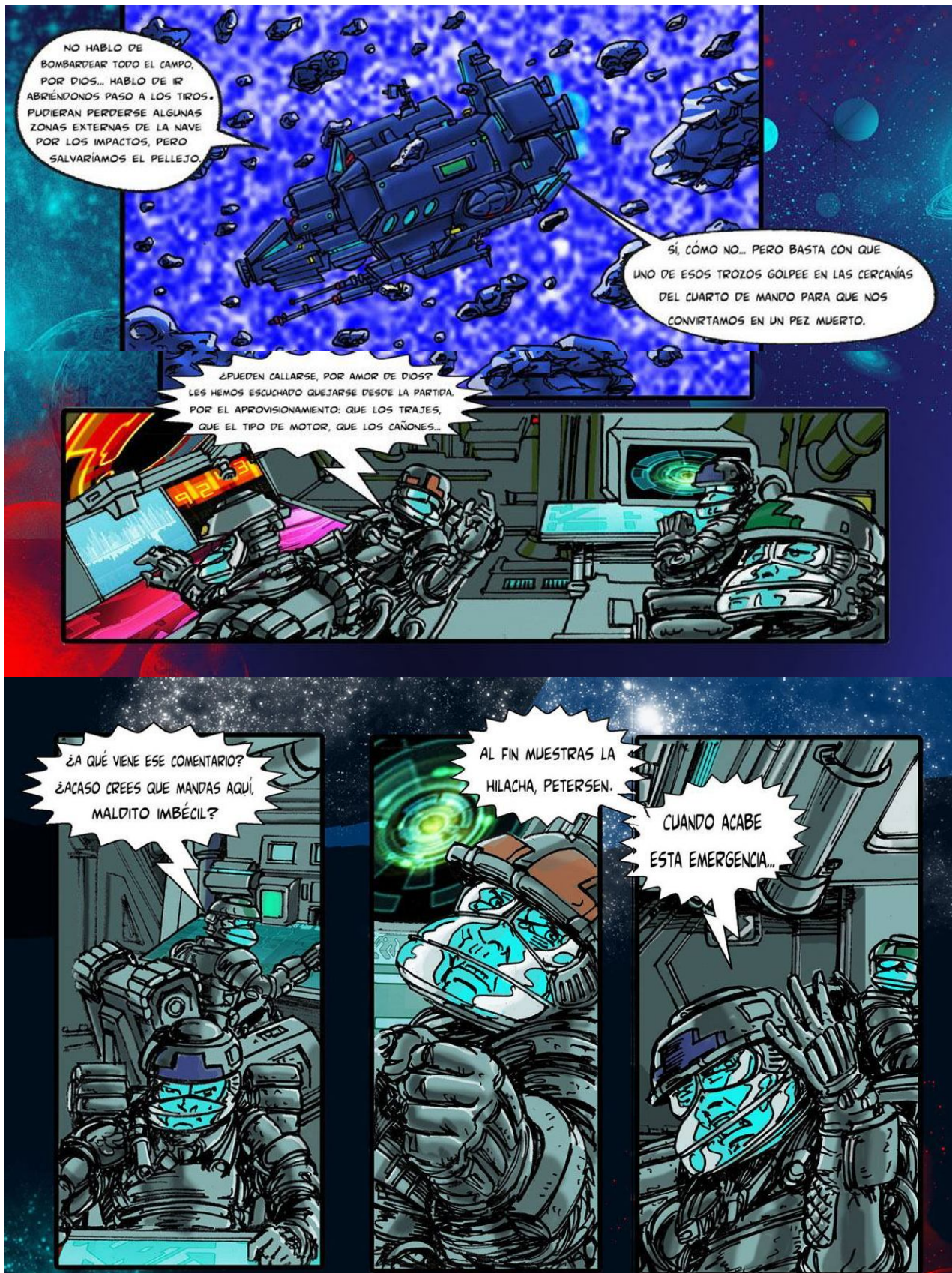
HUMANUN EST

Autor: Carlos Morales, Arte: M.C. Carper





Año XI. Número 18, tercera época. Enero 2013-Marzo 2013.





© Carlos Morales y M.C. Carper.



NOTICIAS

NOVEDADES EDITORIALES

NUEVOS FRAGMENTOS DE FUTURO YA A LA VENTA



Título: Nuevos Fragmentos de Futuro. **Sinopsis:**

Autor: Fabián Álvarez López.

Editorial: Alfa Eridiani.

Colección: Eridiano n° 9

Formato: 152,4x228,6 mm

Número de Páginas: 148

ISBN: 978-1480242852

Precio: 10,62 €/14,00 \$

Puntos de venta:

<http://www.amazon.es>,

<http://www.amazon.com/>

Nuevos Fragmentos de Futuro es una colección de relatos ambientados tanto en un futuro próximo como en un futuro más o menos lejano: mostrándonos la evolución de la sociedad terrestre. Algunas veces, se hace esta descripción desde sus invenciones tecnológicas, *256 millones de tonos de rojo*; otras se hace a través del diálogo

entres sus personajes, a través de los textos legales e incluso religiosos de la sociedad descrita.

Nuevos Fragmentos del Futuro, no obstante el divertimento que supone una obra de ficción, es una obra amplia y diversa de lo que puede acontecer en el futuro a nuestra sociedad.

Sobre el autor:

Fabián Álvarez López (Madrid, 1974) fue animado desde muy pequeño por sus padres a la lectura, un hábito que empezó con *Mortadelo y las Mil y Una Noches* y le ha llevado a **Sandman** y a **Clive Barker**, sin desmerecer ni dejarse por el camino a tantos y tantos de sus ídolos como **Julio Verne**, **C.J. Moore**, **Neil Gaiman**, **Octavia Butler**, **Moebius**, **Alison Bechdel**, **H.P. Lovecraft**, **Howard Cruse**, **Virginia Woolf**, **Clark Ashton Smith**, **Neal Stephenson** y muchos otros, hombres y mujeres. Quien se preocupe conseguirá descubrir, tras todos estos nombres aparentemente muy lejanos unos de otros, unos temas y unas inquietudes comunes. Después de mucho leer, consiguió vivir algo y se licenció en Filología Inglesa sin que le secase el cerebro, lo que le ha permitido ejercer, con mayor o menor fortuna, de profesor de lengua inglesa, hasta el momento en su ciudad natal. Bastante antes de llegar a la universidad había descubierto que si se leían libros es porque alguien los escribía, y ese alguien podía ser él. Sus primeros relatos fueron perpetrados con bolígrafo y algo más tarde con una vieja máquina Olivetti que tenía su padre guardada en casa. Afortunadamente, se han perdido bajo el peso de los años. Profesionalmente, *Nuevos Fragmentos del Futuro* es su primer libro en solitario. Antes había publicado en fanzines, como *ELFOS*, *Pulsar*, *El Sitio de Ciencia Ficción* y en Alfa Eridiani, donde le descubrió su actual editor, **José Joaquín Ramos**. También ha participado en dos antologías de comics, como guionista, una publicada en Estados Unidos y la otra en España.

[Fuente: Editorial Alfa Eridiani]



THE JAMMERS YA A LA VENTA



Título: The Jammers
Autor: Magnus Dagon
Editorial: Alfa Eridiani
Colección: Eridano/Edición Especial
Formato: 155x240 mm
Número de Páginas: 510
Precio:
Madrid capital, entrega en mano: 14€
Resto península y Canarias: 18€
Resto países: consultar

Para aquellos que tengáis interés en comprar el libro en Madrid, hemos habilitado una pequeña pero significativa cantidad de puntos de venta en la ciudad. Por el momento estos son los cuatro lugares disponibles:

LIBRERÍA BURGUEÑO. Calle Sánchez Preciado 15, 28039 Ma-

drid.

LIBRERÍA MAREPE. Avenida del Doctor Federico Rubio y Galí 77, 28040 Madrid.

ATLÁNTICA COMICS. Calle de la Estrella 20, 28004 Madrid.

ULTIMATE COMICS. Calle Elfo 120, 28027 Madrid.

Recordaros que también podéis solicitarlo online en:
<http://thejammerslibro.blogspot.com.es/2012/09/comprar-el-libro-yo-apoyar-el-proyecto.html>

El precio en cualquiera de estas librerías es el mismo que la entrega en mano, es decir, 14 euros, y están disponibles desde ya mismo.

Y ahora también podéis descargaros las canciones que inspiraron el libro en <http://balambgardenmusic.blogspot.com.es/2013/01/balamb-garden-seeds-of-kindness-2013.html>

Nota aclaratoria: los métodos de pago pueden ser transferencia bancaria, Paypal o incluso entrega del dinero en mano tanto al autor (dagon.magnus@gmail.com) como al editor (alfaeridiani@yahoo.es). Los gastos de envío al domicilio están incluidos en todos los precios que no son entrega en mano.

[Fuente: Alfa Eridiani y Magnus Dagon]

SOLDADO DE FORTUNA: LAS AVENTURAS DE KONRAD STARK

Sinopsis:

En una Europa invadida por los implacables ejércitos napoleónicos, Konrad Stark es un soldado de fortuna que intenta sobrevivir entre el tronar de los cañonazos y el avance de los húsares. Batallas en alta mar, líos de faldas, sangrientos combates, borracheras, damas misteriosas y noches de juerga, son unas de tantas aventuras por las que pasará nuestro héroe.

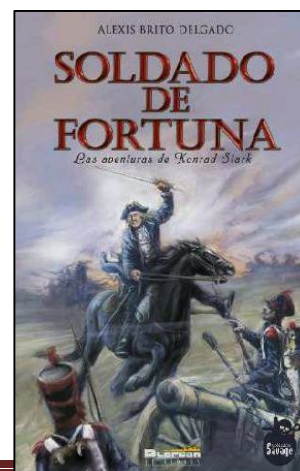
Ficha Técnica:

Título: Soldado de Fortuna: las Aventuras de Konrad Stark

Autor: Alexis Brito Delgado

Precio: 13,95 €

Año de publicación: 2013





Año XI. Número 18, tercera época. Enero 2013-Marzo 2013.

Medidas: 15 x 21 cm

Acabado: Rústica.

Idioma: Castellano

Páginas: 250

Género: Novela histórica

Colección: Colección Savage

ISBN: 978-84-940603-2-6

Editorial: <http://www.dloreadediciones.com/>

[Fuente: Alexis Brito Delgado]

ANÓMALA DE RONALD DELGADO:

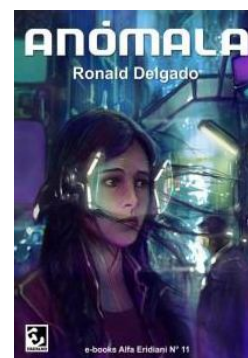
Me es grato comunicar que Alfa Eridiani ha publicado en Amazon el ebook de cuentos *Anómala* de Ronald Delgado.

Quien quiera comprar el ebook puede visitar los siguientes enlaces:

América: <http://www.amazon.com/dp/B00BF4R62A>

España: <http://www.amazon.es/Anómala-ebook/dp/B00BF4R62A/>

Los amigos venezolanos la pueden comprar en bolívares en: <http://www.fractalsushilibros.com/>



[Fuente: Editorial Alfa Eridiani]

VOLUMEN CONMEMORATIVO DEL III PIEE:



Título: 3ª Antología de relato, ensayo e ilustración del Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas

Autor: Varios autores.

Editorial: Premio Internacional de las editoriales.

Formato: 152x230 mm

Número de Páginas: 142

Precios: 14 € envío a España por correo certificado incluido.

Europa: 23 € envío por correo certificado incluido.

América: 26 € envío por correo certificado incluido.

Los organizadores del Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas han actualizado su blog (<http://premiointernacional.blogspot.com.es/2013/02/publicacion-del-volumen-conmemorativo.html>) para comunicar que ya está disponible el III volumen conmemorativo del Premio. Los pedidos deben hacerse a premiointernacionaleditoriales@yahoo.es.

[Fuente: Los organizadores del Premio Internacional de las Editoriales]



NOTICIAS VARIADAS:

SAPHIR IM STAHL PREPARA UNA ANTOLOGÍA:

Erik Schreiber, un aficionado alemán a la cf, autor y editor ha anunciado que su editorial Saphir im Stahl, prepara una antología que contenga 80 relatos de cf provenientes de 80 países diferentes. Las historias deben ser de 4 páginas de longitud (aproximadamente 8.000 caracteres con espacios). La dirección de contacto es info@saphir-im-stahl.de.

Ver noticia completa en: <http://scifiportal.eu/80-science-fiction-stories-around-the-world/>

Nota: Erik Schreiber posee traductores para los distintos idiomas en que se espera cuentos.

[Fuente: Ricardo Manzanaro Arana]

SOBRE ALFA ERIDIANI:

Nos hemos enterado por Espiral Ciencia Ficción que Joaquín Moremo nos considera una de las diez mejores revistas on-line gratuitas. Se puede seguir la noticia en el [Blog de Jack Moreno](#).

[Fuente: Espiral Ciencia Ficción]

SCI-FDI N° 7:

Ha salido el n° 7 de la prestigiosa revista Sci-Fdi. El número se puede leer o descargar, según se prefiera desde: <http://ucm.es/BUCM/revcul/sci-fdi/numeros/83.php>.



[Fuente: Samer]